UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS
PRIMER CLAUSTRO UNIVERSITARIO DE COLOMBIA

**Del multiculturalismo a la filosofía intercultural: diálogo de perspectivas para el
desarrollo de comunidades diversas**

Trabajo de grado

Leidy Xiomara Rodríguez Garzón
Universidad Santo Tomás
Facultad de Filosofía y Letras
Maestría en Filosofía Latinoamericana
Bogotá, junio de 2018

Dedicatoria

Construir un terreno en el que puedan encontrarse puntos de vista que permitan entretener conocimientos que le sirvan a cada uno de los participantes de ese encuentro, es el sueño por el que a diario se trabaja en las aulas de clase.

Dedico mi trabajo a mi madre Alicia Garzón que con su ser campesino me ha enseñado que el reconocimiento por el otro es la posibilidad de darse en el otro, de escucharle y entenderle desde su posición, a Antonio Gamba que con su amor constante me ha ayudado a construir sueños.

A mi hermana Claribel Rodríguez quien con su ejemplo me ha enseñado que con amor se alcanza hasta el sueño más complicado, a mis sobrinas y sobrinos que son mi orgullo y alegría.

A mi compañero de vida, Daniel Clavijo que camino codo a codo esta gran aventura que comenzó como una charla de amigos y que se consolidó en un gran amor y una hermosa experiencia académica.

Por último, recuerdo a los ángeles que desde el cielo siempre me acompañan, a mi padre Sinivaldo Rodríguez, a mi hermano Sinivaldo Rodríguez, a mi tía Ramos Rodríguez, a mi amiga Cecilia Romero y a nuestra angelita que nos acompañó por un instante en este gran camino.

Agradecimiento

A la Universidad Santo Tomás por acogerme en sus aulas de clase y permitirme desde allí crecer como profesional y como persona.

Al docente Leonardo Tovar, quien con su acompañamiento y constante motivación camino a mi lado guiándome y extendiendo su mano hacía nuevos conocimientos.

A los docentes que compartieron cada uno de los espacios académicos, es especial al docente Edgar López.

Por último, agradezco a mis compañeros de cohorte por haber compartido esta experiencia, por los viernes rodeados de afanes entre los que salíamos del trabajo en la tarde y por los sábados que transcurrieron entre risas, bromas, discusiones y aprendizajes.

Resumen

El presente trabajo de investigación se realiza con el fin de entablar un diálogo sobre la aplicabilidad de la propuesta de interculturalidad frente a la posición multiculturalista, para así demostrar los principios globalizantes y capitalistas que esta última tiene, cara a los procesos de reconocimiento de las diferentes culturas que conviven en un espacio geográfico; así mismo, de exaltar las intencionalidades de una propuesta intercultural en manos de Fornet-Betancourt y la invitación a un verdadero reconocimiento hacia los diferentes grupos y comunidades que han de compartir un espacio. De este modo se permite concluir la necesidad que el mundo actual tiene de acogerse a un modelo intercultural, que realmente exalte la diversidad y brinde en el reconocimiento la construcción de un país con perspectivas de mundo que entretejan verdaderas relaciones humanas.

Palabras clave: Multiculturalismo, interculturalidad, filosofía intercultural, diversidad, reconocimiento y globalización

Quien habla de reconocimiento habla de un problema de desigualdad y quien habla de desigualdad habla de conflicto e injusticia. Esta es la historia que se prolonga hasta hoy en nuestra cuestión del reconocimiento. (Raúl Fornet-Betancourt)

Contenido

Dedicatoria.....	II
Agradecimiento	III
<i>Resumen</i>	IV
Introducción	VII
Capítulo I.....	- 1 -
Partiendo del marco conceptual: Las políticas de reconocimiento en un Estado liberal ...-	1 -
<i>El multiculturalismo y la interpretación desde el contexto.....</i>	<i>- 2 -</i>
<i>La diversidad de la interpretación, tres miradas sobre el multiculturalismo</i>	<i>- 6 -</i>
<i>El multiculturalismo en Latinoamérica desde Villoro y Olivé</i>	<i>- 22 -</i>
Capítulo II.....	- 29 -
El Proyecto Intercultural como camino a la reconstrucción de identidades en el mundo globalizado	- 29 -
<i>Nuestra América en clave intercultural.....</i>	<i>- 30 -</i>
<i>Antecedentes acerca de la propuesta de interculturalidad y la filosofía intercultural .-</i>	<i>34 -</i>
<i>La posibilidad de la Filosofía intercultural.....</i>	<i>- 46 -</i>
Capítulo III.....	- 57 -
Lectura política del proyecto de filosofía intercultural de Raúl Fornet-Betancourt.....-	57 -
<i>Miradas desde otras filosofías como formas de liberación al Neoliberalismo.....-</i>	<i>70 -</i>
Conclusiones	- 74 -
Diálogo entre multiculturalismo y filosofía intercultural.....-	74 -

Introducción

Se supera el multiculturalismo liberal a través de la filosofía intercultural, en la medida en que el proceso de inculturación permita la permeación del mundo en el “tronco propio”. Esto ayudaría a mejorar la relación con occidente. (Raúl Fornet-Betancourt)

Siempre es importante el constante análisis de cada una de las políticas y acciones que se toman sobre las sociedades. Si no fuera de este modo, se terminaría dando por hecho una solución única y permanente en un objeto de estudio tan volátil como lo es la humanidad misma. En este sentido, la frecuente revisión frente a las políticas de reconocimiento permite la evaluación y revaloración de estas, dando paso así a reflexiones que ayudan a la construcción misma de canales que cada vez acortan las brechas de desigualdad e injusticia.

Este trabajo de investigación se enfrenta al problema actual de la filosofía política respecto de cómo tratar las diferencias culturales dentro de la democracia basándose en preguntas clave como, ¿Las diferencias culturales son expresión de la diversidad y la pluralidad que deben ser integradas y reconocidas dentro del Estado de derecho liberal, como plantean los multiculturalistas anglosajones? o como señala Raúl Fornet-Betancourt desde su propuesta de “filosofía intercultural”, ¿Es la construcción diferencial de identidades culturales a partir de deconstruir el orden liberal globalizador a favor de una democracia verdaderamente intercultural?

Como se evidenciará más adelante, las reflexiones multiculturalistas adelantadas en la década de los noventa del siglo pasado por parte de Charles Taylor y Will Kymlicka, sin duda constituyeron una apertura en el paradigma político del liberalismo. En efecto, más allá de la igualdad formal ante la ley planteada en las democracias liberales, estos y otros autores mostraron la necesidad de que las normas y las políticas públicas se ampliaran para tomar en cuenta las necesidades y reivindicaciones religiosas, educativas y políticas de los diferentes grupos culturales. No obstante, esta apertura en ningún momento significaba una ruptura con el orden etnocéntrico occidental, sino apenas una acomodación de este, a las demandas de inmigrantes y poblaciones nativas, sin la expresión de un genuino reconocimiento de otros órdenes culturales y políticos.

Este es el contraste que se desarrolla a partir de los cuestionamientos de Fonet a la propuesta política multiculturalista, en especial dentro de los autores mencionados. Desde luego, el marco categorial de esas críticas se desprende de su propuesta general de una “filosofía intercultural” como alternativa a la “filosofía occidental” falsamente universal, que como se sabe implica aspectos ontológicos, epistemológicos, antropológicos, éticos, estéticos, entre otros. Sin embargo, con el fin de poder precisar el alcance de esta disertación, se concentrará en el aspecto propiamente político, respecto de la integración de las diferencias culturales en la democracia.

El llamado en el siguiente estudio precisamente es el de dialogar sobre dos propuestas en concreto, el multiculturalismo y la interculturalidad, las dos afincadas en políticas de reconocimiento y como metodologías de gran impacto en diferentes esferas de la sociedad, las dos vistas como posibles soluciones para la mediación entre grupos sociales con distinto origen cultural. Sin embargo, sus orígenes e intencionalidades varían considerablemente, lo cual permite demostrar que la finalidad política de cada una va por caminos diferentes. Con el desarrollo de la investigación se evaluará ¿por qué la propuesta de la filosofía intercultural contribuye a la superación de las ambigüedades propias del multiculturalismo a su servidumbre al modelo de globalización y al auténtico reconocimiento de pueblos y culturas minoritarias?

En ese orden de ideas, la investigación está justificada en la necesidad de reflexionar y estudiar nuevas perspectivas que develen conexiones para la construcción de espacios de diálogo. De esta manera, el objetivo general apunta a generar un análisis en mirada política que permita evidenciar los límites de la propuesta multiculturalista frente a la filosofía intercultural, lo cual permita demostrar por qué el camino planteado por Fonet-Betancourt mejora las políticas de reconocimiento sin recaer en el juego globalizante y neoliberal.

Como objetivos específicos se espera realizar un análisis a la postura del multiculturalismo como propuesta para el reconocimiento, identificando los límites que se presenta al momento de crear espacios reales de convivencia y construcción. En contraste, se busca identificar el proyecto político formulado por Fonet-Betancourt desde su propuesta de filosofía intercultural. Y, por

último, se procura distinguir entre los dos proyectos los puntos de convergencia y divergencia que existen, para plantear la discusión desde categorías tales como reconocimiento, políticas y diálogo.

Como corresponde a una investigación en filosofía, esta monografía se entiende metodológicamente como una disertación conceptual en que se contrasta la lectura multiculturalista sobre la integración de la diversidad cultural en el Estado liberal, con la propuesta de la filosofía intercultural que rompe el orden liberal para una apertura democrática. En términos operativos, esta opción hermenéutica, implica que se identifican y caracterizan los conceptos más relevantes de las dos posturas (multiculturalismo, interculturalidad, diversidad, pluralidad, entre otros.) con el fin de contrastarlos. Sin embargo, la interpretación no se queda en una exégesis textual, sino trasciende hacia una crítica política. De esta manera, la disertación se inscribe dentro de una teoría crítica política.

Así, la propuesta de lectura que se entrega pretende mostrar cómo el multiculturalismo no es más que una apuesta un tanto rápida y general para dar solución a los inconvenientes que se tienen con la convivencia entre diferentes grupos y culturas, y por el contrario señalar cómo una apuesta como la filosofía intercultural puede contribuir al equilibrio dentro de las propuestas políticas que se entablen en la convivencia de mundos multiversos.

El siguiente texto está organizado en tres partes y una conclusión. A manera de marco teórico del debate filosófico-político en el cual se sustenta esta indagación, en la primera se realiza una contextualización general acerca de multiculturalismo, para centrarse específicamente en tres ejemplos del desarrollo de la propuesta. Estos ejemplos están basados en Charles Taylor y Will Kymlicka, expositores del multiculturalismo comunitarista y del multiculturalismo liberal respectivamente, y en la crítica formulada por Slavoj Žižek en torno al papel ideológico del multiculturalismo en la sociedad global. La segunda parte se enfoca específicamente en la propuesta intercultural elaborada por Fernet-Betancourt en aras a dar solución a las problemáticas que con la globalización y las políticas neoliberales han traído a los grupos sociales marginados. En la tercera parte, se profundiza en el análisis de la propuesta intercultural bajo la mirada política, de manera que se evidencie cómo el proyecto multiculturalista no es más que una adaptación del orden dominador liberal, mientras la política intercultural constituye una alternativa crítica y

emancipadora desde los pueblos y culturas discriminados y oprimidos. Para concluir, se presenta un posible diálogo entre las dos vertientes estudiadas, tanto en términos políticos como educativos.

Este trabajo se inscribe en la línea programática “Filosofía práctica y pensamiento filosófico desde América Latina”, dentro del Grupo de Investigación “Estudios en pensamiento filosófico en Colombia y América Latina- Bartolomé de Las Casas”. Así mismo, la monografía se adscribe al proyecto de investigación “Injusticias convergentes”, que ha adelantado el grupo en 2018.

Capítulo I

Partiendo del marco conceptual: Las políticas de reconocimiento en un Estado liberal

Para ser auténtica una cultura debe responder a las necesidades colectivas reales. Pero un pueblo no es una realidad dada una vez por todas, es una configuración cambiante de las circunstancias

(Luis Villoro)

Ante los cambios globales que cada una de las comunidades enfrenta, intentar ocultar los procesos de migración y sus implicaciones en el desarrollo de una sociedad cierra totalmente la posibilidad del reconocimiento y del conocimiento de las dinámicas de aquellos nuevos grupos que lleva a tomar tales decisiones como las de abandonar sus tierras para probar fortuna en nuevos espacios. Es así, que generar discusiones alrededor de dichos fenómenos es necesario para dar una revisión a la diversidad y a los procesos que sobre esto se construyen, pues la ingenuidad no puede imperar sobre los cambios que saltan a primera vista, el flujo de extranjeros, los conflictos políticos, la creación de nuevas economías, situaciones todas que piden ser analizadas y si es el caso reestructuradas.

Los fenómenos, aunque son fáciles de nombrar, inclusive de identificar, se convierten en problemáticas ya que se centran sobre un aspecto básico, la convivencia de los seres humanos. Partir de este punto implica la revisión minuciosa de cada perspectiva que se tiene por convivencia, desde lo intuitivos hasta lo político y cultural, pues si se evidencia las dificultades que se presentan en comunidades consolidadas, es decir, en comunidades que ya están constituidas bajo ciertas normatividades, es de saberse que entrar a mediar con grupos que quizás desestabilicen esos modos de vida puede ser caótico.

Lo anterior se debe principalmente a la capacidad que tiene el ser humano de construir espacios y situaciones con las que se siente seguro el cual se vuelve rutina. Salir de ese estado implica cambiar, moverse, dar por terminadas creencias que se tenían y si es el caso reestructurar paradigmas y esto es incómodo; tan incómodo como encontrarse en el bus con personas que vistan diferente, como encontrarse en la oficina con personas que difieren de su pensamiento. Ante tal

ataque lo que queda es defenderse y la mejor manera de hacerlo es partiendo de que el otro está mal y que ese otro debería adaptarse sin juzgar, simplemente acoplarse a lo que hay, pues él es el que buscó llegar allí. Esto implica establecer qué comunidades merecen ser absorbidas y cuáles serían las que sirven como modelo para conservar su estructura, perpetuando así antiguos paradigmas que para el caso latinoamericano implica continuar con un modelo colonial.

A pesar de las dinámicas propias de las comunidades estas no han sido universales, por lo que de una u otra manera el pensar en convivir y aceptar al extraño ha permitido la creación de estrategias y posteriores propuestas en las cuales pueda desenvolverse libremente siempre atendiendo que no es el único. La complejidad de dichas propuestas es el producto de las experiencias vividas y de los altibajos que cada grupo y comunidad ha tenido que sobrellevar.

Dentro de este camino, se encuentran las propuestas multiculturales nacidas bajo las necesidades culturales. Para el siguiente estudio primero se realizará una contextualización general del multiculturalismo, sus bases y sus alcances actuales. En la segunda parte, se desarrollará la propuesta de tres perspectivas del multiculturalismo a la luz de autores específicos, a saber, Charles Taylor con su propuesta comunitarista, Will Kymlicka con el desarrollo de su propuesta liberal y de Slavoj Žižek bajo su crítica a los modelos multiculturales. Por último, se realizará una reflexión acerca de las propuestas que han inspirado estos tres autores en Latinoamérica.

El multiculturalismo y la interpretación desde el contexto

El término multiculturalismo a diferencia de la interculturalidad, compete en lo teórico político, siendo así que tiene que ver muy poco con el espacio cultural de los grupos y comunidades. Este surge a mediados del siglo XX como respuesta al fenómeno de relación entre grupos con distintas culturas visto en Estados Unidos y Canadá. Sin embargo, el término de multiculturalidad se le aplica en definición como la existencia de varios grupos culturales en un mismo territorio. Es así, que sobre las sociedades multiculturales que se desarrolla el proyecto político del multiculturalismo, el cual tiene un carácter normativo, establece un proyecto de regulación convivencial entre las culturas (Hernández-Reyna, 2007, 432).

Este proyecto expone claramente su carácter político y organizativo dentro de comunidades donde existen diversas culturas, “como lo han planteado sus mismos voceros, la perspectiva multicultural busca incorporar las diferencias culturales en los derechos humanos, pero siempre dentro de los límites de la democracia liberal” (Tovar, 2004, p. 46). Sin embargo, se muestra insuficiente cuando abandona parte de la realidad vivida para generar acuerdos de tipo institucional y normativo, desvaneciendo la posibilidad de una convivencia consiente, que parta de puntos medios y de lo más relevante, que parta de un reconocimiento en cuestiones políticas y estructuras tradicionales. Aun así, el proyecto es una medida oportuna para las múltiples comunidades que confluyen en un mismo lugar, exponiendo ciertas ideas que le permiten a las personas tener una guía sobre cómo deben actuar.

Se podrían nombrar propiamente dos aspectos que han incidido de manera determinante en la reflexión sobre el multiculturalismo. El primero de ellos es la migración de personas y grupos culturales a otros países, estableciéndose de manera definitiva y creando mecanismos que llevan a la reestructuración de las condiciones sociales, promoviendo nuevos hábitos que conllevan a los cambios de formas de vida. El segundo es el punto de fuga creando la necesidad que críticos de diversas formaciones volteen la mirada hacia lo que viene sucediendo. Es clara la necesidad de revisar los procesos que se llevaban a cabo, con la posibilidad de establecer las valoraciones y jerarquías con las que juegan en dichos encuentros, evidenciando que, en la mayoría de estos, es la parte más fuerte quien con sus reglas de juego, permite de manera restrictiva pequeños movimientos a su adversario.

Y es que al parecer se juega con las reglas construidas por uno de los integrantes, dejando de lado las opiniones del otro. Al igual que un par de pequeños, al otro integrante no le queda más sino acceder a esas reglas del juego si es que quiere participar del mismo. Y siempre que intente cambiar las maniobras será expuesto como un disociador de lo que ya se había establecido, pero que claramente fueron reglas que él no ayudó a construir. Ahora bien, trabajándolo desde la parte política y social, la asimilación que hace un grupo minoritario es asimilar lo extraño, lo que es desconocido y debe hacerlo en el menor tiempo posible si no quiere relegarse de su nuevo sitio al que con dificultad intentara llamarle hogar.

Conforme a lo anterior, el multiculturalismo a la vez que reconoce la importancia de identificar los grupos minoritarios se sirve de esta intención para sobreponer las ideas de un grupo dominante que tiene como finalidad homogenizar y no perpetuar las diferentes culturas en su sistema social,

(...) La dimensión de los flujos migratorios apunta, en este ámbito local, hacia la multiculturalidad (o sea, es percibida, con razón, como encuentro o superposición de culturas distintas y diferenciadas) y la multiculturalidad es percibida, también con razón, como algo que entra en conflicto con el proceso de homogeneización cultural. (Buey, 2008, p. 2).

Pero, así como a simple vista se podrían generar ciertas apreciaciones negativas hacia las intenciones del multiculturalismo tras la mirada de las minorías, también debe tenerse claro que el encuentro constante con diferentes grupos no es sólo perjudicial para ellos, sino que también lo es para la comunidad receptora. Es ella la que se desestabiliza y que en un gesto noble abre sus puertas a nuevas identidades, con las que se correría el riesgo de ir abandonando de a poco lo propio para al final quedarse en la inestabilidad. Es por lo anterior que vale la pena reflexionar frente a las situaciones y vivencias de las dos partes. Es evidente que se fracturan tradiciones, no es posible hablar de daños hacía un solo camino, los cambios se dan en doble vía y afectan de la misma manera.

Otro aspecto es la reacción de cada parte. Ya se veía en líneas anteriores la afectación que trae consigo la convivencia de culturas en un mismo espacio geográfico. Ahora bien, la pregunta sería ¿qué salidas le quedan tanto a las culturas que reciben como a las culturas que migran? Respuesta que más que una solución estructurada requiere de una reacción hacia la cotidianidad. Muy posiblemente lo que aquí sucede es que las comunidades migran sin tener idea de lo complejo que esto es, llegando a lugares desconocidos, sintiéndose marginados y bajo este sentimiento construyendo murallas para intentar sentirse en casa. Esto se ejemplifica claramente con la construcción de barrios en los que sus residentes hacen todo lo que está a su alcance para poder replicar tal cual vivían en sus tierras, desconectándose totalmente de sus nuevas realidades y solo poniéndose en contacto por cuestiones laborales principalmente, enviando inmediatamente una

señal de alerta para la comunidad receptora y es que las disgregaciones y nuevas costumbres ponen en peligro su estructura social.

Ante esto, una de las medidas extremas que se puede tomar, es la de erradicar cualquier acto cultural diferente al lugar en el que se está. Pero a pesar de las intenciones que se tengan para mantener la armonía de un país, se debe tener cuidado para no recaer en un nuevo colonialismo, en el que la fuerza determina las verdades, verdades que desencadenan falsedad en las acciones de una y otra parte y que confluyen en discriminación y desigualdad.

Son cuestiones plenas para la discusión y quizás para tomar posición sobre si la propuesta multiculturalista es o no un buen camino a seguir para dar vía y solución a los procesos de migración que han ido en constante incremento. Por lo pronto, se afirma un avance y lo es más en los términos jurídico-políticos que maneja porque de cierto modo vela por el cumplimiento de los derechos como nuevo ciudadano del país al que llega, permitiendo construir bajo la tolerancia, el respeto y el reconocimiento en líneas legales (Buey, 2008). Sin embargo, en el paso de la teoría a la práctica hay una brecha al encontrarse ciertas contradicciones por las cuales se quiebra la puesta en escena, ya que las intenciones, van por caminos diferentes. Por un lado, se dice que a todos los ciudadanos de un país deben ser amparados bajo los mismos derechos y deberes y, por otro lado, se pide tener en cuenta ciertas características culturales propias del individuo. Esta ambigüedad no consiente un desarrollo de las ideas enmarcadas en una democracia liberal por lo que aún debe trabajarse en estas ideas.

Se concluye esta primera sección dejando en el tintero dudas y ajustes a lo que se concibe bajo el multiculturalismo como, por ejemplo, ¿cómo encontrar un punto medio para poder lanzar juicios sobre comportamientos tradicionales de las culturas?, ¿de qué forma poder categorizar a cada comunidad para saber si vale la pena exaltar su modo de vida? Estas y otras preguntas son las que han llevado al multiculturalismo a servir de camino a los pensadores que no abandonan la idea de creer que se puede construir un mundo armónico pese a las dinámicas globales y neoliberales en las que se encuentra.

La diversidad de la interpretación, tres miradas sobre el multiculturalismo

Las ventajas que se encuentran dentro de pensamientos amplios, en el caso del multiculturalista es la posibilidad de estudiar tantas interpretaciones como sean posibles, y aunque el término se popularizó relativamente poco ha servido de inspiración a diferentes pensadores y pensamientos que le apuestan a un mejor vivir y a encontrar maneras pacíficas de solucionar asperezas. Los cambios económicos por los que atraviesa la humanidad no deben verse como casos aislados; por el contrario, de una u otra manera todos ven cómo las políticas económicas favorecen y condenan a ciertos grupos sociales, logrando la migración casi que masiva, concentrándose grandes cantidades de personas en países donde se cree mejorar el nivel de vida. Dichas migraciones también son internas, campesinos e indígenas que deben caminar hacia la tierra prometida hacen parte de las estadísticas.

Bajo la mirada sociocultural, las migraciones no solo traen mano de obra o ideas de negocios, traen formas de vida que afectan directamente y que sus consecuencias han llegado inclusive a que países como Estados Unidos estén en alerta por el flujo constante de información cultural, desatando así una pérdida de identidad. De este modo, en el siguiente apartado se desarrollarán las posturas de Charles Taylor, Will Kymlicka y Slavoj Žižek con las cuales se busca la construcción de un panorama amplio que ayude a evaluar las posturas multiculturalistas.

Comenzando por Charles Taylor, filósofo canadiense caracterizado por sus estudios en filosofía política y el apoyo a la comunidad de Quebec en lo que respecta a la integración a las minorías. De allí se desprenden sus trabajos académicos como el texto “Multiculturalismo y las políticas del reconocimiento” (1993), en el cual plasma su propuesta multicultural comunitarista.

En este ensayo, el autor plantea un punto esencial acerca del reconocimiento. De allí va en forma de cascada, incluyendo otros elementos como el de la identidad y el multiculturalismo como la salida a dicha problemática. ¿Por qué podría considerarse problemático? Por los dos actores principales, la sociedad dominante y los grupos minoritarios, ya que las relaciones que se establecen entre los dos son por su naturaleza tensas. Brevemente la relación está dada en que el reconocimiento nace de la necesidad de la política actual, en donde los grupos minoritarios,

subalternos buscan una identidad brindando así campo al surgimiento del multiculturalismo. Ahora bien, la identidad se moldea por el reconocimiento o la falta de este, por lo que pueda decir el dominante sobre el dominado se vuelve en decisivo para la conformación de su identidad. De esta manera el reconocimiento es una necesidad vital para la construcción de la autenticidad de cada uno.

El concepto de reconocimiento e identidad se unen para conservar la esencia de grupos minoritarios. Sin embargo, se dificulta el mantener con claridad una buena relación entre estos dos conceptos en la medida en que el manejo de la identidad puede verse afectado por un falso reconocimiento, dada la percepción con la que el grupo dominante afecte a los nuevos integrantes. A pesar de los impases que puedan llegar a tenerse al unir los dos términos (reconocimiento e identidad), son de vital importancia en el desarrollo de las políticas modernas. Es importante insistir en esto, debido a que, si una salida contempla no tomar en cuenta cualquiera de las dos, no estaría ofreciéndose una solución bondadosa a las partes.

Pero para poder entender cómo es que se llega a pensar en políticas de reconocimiento e identidad, es importante conocer los orígenes de dicha problematización. Para Taylor, hay dos puntos que son claves. El primero de ellos es el desplome de las jerarquías sociales que se concentraban en una desigualdad social en la que no había ni una mínima posibilidad de poder cambiar dichas relaciones. El cambio abrupto que tuvieron las jerarquías sociales a través de la democracia permitió un trato igualitario (o por lo menos eso era lo que se esperaba), es decir, una comunidad en la que ninguna persona tiene un trato especial por sobre las otras (Taylor, 1993, p. 29). A su vez desaparece la idea de que alguien pueda tener la potestad de desplazar o no a otro del ejercicio propio de la democracia. El segundo momento es el nacimiento del principio de originalidad, es decir, la relación auténtica que cada ser humano tiene consigo mismo y con la comunidad a la cual pertenece, y este ejercicio que entabla cada ser humano, es un ejercicio dialógico, el cual va a permitir la construcción de identidades que permitan el mantenimiento de unos principios básicos de autenticidad.

Así, el reconocimiento abarca la esfera íntima, en la medida que se construye en la intimidad (no es algo que se establezca desde lo externo, es lo propio, la esencia) y otra parte de

este que se proyecta en la vida social, en donde, gracias a los cambios sociales han dejado de lado las creencias de honor, dando paso, a un universalismo que se basa en la dignidad y la igualdad. De esta manera, se añade la concepción de identidad, antecedente para la política de la diferencia, que lleva al reconocimiento y la valoración de ser distinto (Taylor, 1993, p. 30).

Sin embargo, este desarrollo de los términos, junto con la política de la diferencia, entran en conflicto cuando no es lo que se espera, una política universal que exalte la individualidad. El problema fundamental es el de un reconocimiento igualitario, pues si bien, se genera igualdad universal, pero se exige un tratamiento en pro de la diferencia y dicho tratamiento termina siendo demanda de exclusividades, normalmente para los menos favorecidos, lo cual lleva a que no están todos siendo tratado de la misma manera y que las particularidades superen al ser universal. Es decir, estas políticas se convierten en algo cíclico que la única manera de salir es reconociendo que no se habla realmente de un universalismo, cuando son evidentes las preferencias. Es importante resaltar que aquí la universalidad igualitaria la impiden las minorías quienes son las que generar demandas de exclusividades frente a la sociedad en la cual se encuentran.

Pero también, hay una figura dominante en las cuestiones de identidad, la del grupo social fuerte en espera a que los grupos minoritarios no sean muy visibles, para que no haya alteraciones en su modo de vida. Es así, como el dominante nombra al dominado sin la necesidad directa de un reconocimiento. Se sabe que ahí se encuentra, pero no tiene rostro, no es necesario darle rostro ya que, pasa a ser inmediatamente otro más dentro del sistema social. Si su cultura es compatible con la nueva que está conociendo, es algo irrelevante, ya que, sin más opción debe hacerse cargo de su razón como nuevo ciudadano. Aquí la invitación directa se ve relacionada con su nuevo estado de ciudadanía y es que, si hay una migración, ésta debe ser aceptada con las nuevas formas de pensamiento político y social.

A pesar de que el dominante intenta dejar invisible a los nuevos ciudadanos de la sociedad, el problema del reconocimiento sigue en el ambiente, pues negar la identidad de alguien es quitarle lo esencial como ser humano y como ciudadano ya que está partiendo del hecho que no existe, por lo que no requiere un tratamiento ni el establecimiento de unas relaciones que lo lleven a interesarse por él. Evidentemente, este tratamiento no se puede mantener por mucho tiempo y

comienza un sinsabor que da la posibilidad a pensar la situación como problemática, respecto al orden social existente.

La inquietud por el reconocimiento, la identidad y la autenticidad son parte de la construcción de una sociedad democrática sana, como lo menciona Taylor. Sin embargo, la problemática se centra en que negar este reconocimiento no sólo afecta la identidad de la persona y las comunidades; sino que, es una clara forma de opresión y da cabida a todos a través del trato igualitario conformando el proyecto multicultural. Aun así, lo descrito por Taylor se queda corto ante las múltiples inquietudes que esto genera para la construcción de una sociedad multicultural.

Una de las principales dudas y que, si bien se ha convertido en el obstáculo constante del reconocimiento por el otro, es la organización del sistema social frente al reconocido. Es decir, los derechos y deberes que debe o no tenerse en cuenta sobre un grupo, según se analiza, no se puede dejar todo a la particularidad del individuo. Debe haber unas reglas y normas mínimas de convivencia, pero tampoco se puede imponer normatividades sobre culturas que no las creen necesarias o importantes dentro de su sistema ¿Cómo encontrar un punto medio? he aquí el verdadero inconveniente.

El siguiente punto del cual se encarga Taylor corresponde a la política de dignidad igualitaria, la cual expone basándose en Rousseau y Kant. Se postula cómo se pierde la libertad en igualdad al depender del otro; es decir, como se evidencia la cuestión del honor y los títulos sobre cómo me ven los demás, cómo me ve el poder político. Rousseau defiende estas relaciones en la medida en que, si bien todos dependen entre sí, esto se haría de manera igualitaria y así las diferencias se convierten en igualdades de la necesidad (Taylor, 1993 p. 41). Pero para que el anterior propósito se dé, necesita de una libertad que no permita la dominación, diferentes roles dentro de la sociedad y un propósito común. Estamentos que llevan a una homogenización, en la medida en que se va perdiendo la diferencia.

La problemática, sin embargo, sigue en las líneas del liberalismo; ya que, se seguiría construyendo a partir de la lucha por derechos y reconocimiento en el intento de no homogenizar. Pero si se hace un reconocimiento tan particular, el mantener las particularidades podría llevar a

encerrar tanto a un grupo, que sería éste quien no reconocería a su atacante, dejando los universales creados solo como un decir y adicionando negación cultural. Así, todo queda versando en la cuestión de los derechos como individuo, como cultura y como sociedad. Aquí se encuentra el verdadero problema y es que anteponiendo o priorizando una u otra, se desmerita la lucha por la igualdad.

Así, el liberalismo muestra un camino y es el de la exaltación de la esfera pública; es decir, la justicia vista en el grupo, dejando de lado lo íntimo. Cada uno hará y construirá su vida y eso no es relevante, siempre y cuando se acoja a lo macro. No es relevante pues lo que se busca es la igualdad con las minorías sin necesidad de juzgar su cotidianidad. Sin embargo, no deja de ser una ilusión, la posibilidad que se brinda de mantener una armonía entre la vida buena íntima y pública o colectiva, más si se recuerda que es desde la esfera íntima en la que se construye identidad.

Por último, se encuentra la política del respeto igualitario, la cual “exige que tratemos a las personas en una forma ciega a la diferencia. La intuición fundamental de que los seres humanos merecen este respeto se centra en lo que es igual en todos. Para el otro, hemos de reconocer y aun fomentar la particularidad” (Taylor, 1993, 36) si bien, gana puntos al no querer homogenizar la diferencia, tiene un impedimento en la medida en que no es un campo de encuentro entre todas las culturas y esto se da principalmente por temas políticos y religiosos. Así, el liberalismo no puede atribuirse una posición neutral en procesos culturales pues es claro su actuar en la sociedad. De este modo se presentan las políticas por el reconocimiento como medidas de lucha por la igualdad y la originalidad, sin permitir dentro de una sociedad efectiva las posibilidades a desarrollar cada uno de los aspectos tratados, porque en algún momento se debe tomar posición y para ese intermedio no hay una planificación que permita el balance cultural.

La propuesta de Taylor se queda corta al momento de establecer verdaderamente las políticas de reconocimiento respecto a las minorías, pues es la ilusión de creer que las políticas dominantes van a establecer espacios de respeto frente al grupo que llega. Simplemente muestra, cómo a partir de la legislación, se intenta encubrir la realidad de los grupos que llegan a nuevos espacios físicos, culturales y políticos. En conclusión, los aportes que hace el autor para consolidar una sociedad que parta de un ejercicio multicultural sincero y que, en realidad cumpla con cada

una de sus bases de reconocimiento y respeto, está muy bien lograda bajo el contexto en el que se desarrolla. Faltaría ver con lupa si la propuesta funciona en otro tipo de realidades que llegan a desbordan su planteamiento. Su propuesta queda entre un reconocimiento universalista, por ende, homogeneizante, lo cual no ayuda a la superación de las problemáticas de migración.

En esa línea también se encuentra la propuesta liberal de Will Kymlicka, uno de los más representativos personajes de la filosofía política actual. Sus estudios están guiados hacia las problemáticas de convivencia étnica y los estudios sobre el multiculturalismo enmarcados en las políticas liberales y de globalización.

En el texto “Ciudadanía multicultural: una teoría liberal de los derechos de las minorías” (1996), el autor establece que el multiculturalismo es un fenómeno moderno, formado a raíz de los grupos minoritarios, producto de las migraciones y los nuevos grupos sociales. Esto quiere decir que el multiculturalismo parte enteramente de la diversidad cultural; la cual, puede definirse bajo dos perspectivas. La primera como la organización de culturas que no tienen la intención de unirse a la sociedad y por ello se presentan de manera autónoma al gobierno nacional. Sin embargo, aún quieren hacer parte de dicho conjunto. La segunda parte del fenómeno migratorio, que constituye a los grupos étnicos que luchan por ser parte de la nueva sociedad y luchan por un reconocimiento total (no les interesa ser una sociedad aparte, ellos en realidad quieren ser reconocidos y que sólo haya una apertura a la diferencia en esta sociedad). Sin embargo, no puede obviarse las problemáticas que el multiculturalismo no puede atender y tienen que ver directamente con las incorporaciones de nuevas culturas a una sociedad.

Un Estado puede contener más de una nación; pasando así, de un Estado-Nación a un Estado poliétnico. Las naciones son constituidas por instituciones e historia, de las cuales participan las personas y donde las comunidades culturales más pequeñas constituyen a las minorías. En el caso de Estados Unidos, muchas de las minorías optaron por ser reconocidas en el Estado y tomar independencia. Esto deja a Estados Unidos con múltiples demandas de reconocimiento de lengua y territorio, pero, aun así, esto no impide que el grupo mayoritario continúe pensándose como único. Lo que realmente mantiene como un solo proceso de Estado es la lealtad que cada grupo tiene en términos políticos, dejando en claro que estas uniones o puntos

de encuentro tienen que ver más con una identidad común que con una aceptación a verse como un grupo.

Lo anterior corresponde a los grupos étnicos que hacen parte de las sociedades y de su historia. Por otro lado, se encuentran los grupos inmigrantes, que no son naciones, puesto que no ocupan su tierra natal. Estos se acogen más fácilmente a las instituciones a donde llegan, hablan el idioma y participan de la cultura dominante siendo afectos de la cultural liberal. Sin embargo, es más claro hablar de polietnicidad en el caso de los inmigrantes que de un propio multiculturalismo. El autor lo hace como medida para manifestar cuan condenado se encuentra el término frente a sus políticas, y esto se debe a dos factores: el primero a no reforzar la distinción entre poliétnico, multicultural y multinacional y lo segundo, por no atender a una definición de cultura que no sea ambigua. Lo importante a resaltar del autor, es la esquematización que le da a su propuesta, realizando aclaraciones que permiten una lectura apropiada a sus intenciones; como, por ejemplo, en las anteriores distinciones, aclarando que su intención es hablar de un Estado multicultural derivado de las diferencias nacionales y étnicas. Dentro de esta aclaración cabrían también los grupos marginados y excluidos como las comunidades gais, quienes luchan por una aceptación en los Estados. Sin embargo, debe ser claro que no es lo misma lucha de aborígenes americanos por sus reivindicaciones, a la de personas en condición de discapacidad. Aquí es importante entender la complejidad de cada una para no recaer en generalizaciones que normalmente hacen que se pierda la importancia de cada lucha y su historia.

La cuestión con las minorías nacionales es que se niegan, dada la creencia europea que tenerlas es sinónimo de inferioridad, por lo que su ideal es el de cerrarse a la banda casi al punto de exterminarlas. Todo con la finalidad de continuar impartiendo pensamientos como que los pueblos aborígenes necesitan del cuidado del civilizado y que, es necesario que pierdan toda identidad y se acojan a la de la dominante, viendo así que la labor es la de hacerles el favor de civilizarlos. Y aunque intentan mantener sus costumbres, ritmos sociales e inclusive económicos dentro de la Nación en la cual se encuentran, ahora su nuevo lugar de vivienda les exige que se comuniquen en la lengua de dicho territorio y que acojan las costumbres. También de este modo los nuevos miembros requieren expresarse en la lengua dominante y deben participar en las políticas bajo las cuales se maneja el lugar.

Dentro de los múltiples ejemplos que se logran encontrar frente al multinacionalismo y la polietnicidad, se llega a pensar en si la cuestión es solo civil o tiene un trasfondo cultural. Porque si es sólo civil, se puede exponer en los términos de aceptar unas políticas y derechos democráticos, pero si es cultural o étnico deberían existir cuestiones de asimilacionismo lo cual ya debe estar superado. “Esto lleva a identificar que no por más la inmigración y la incorporación de minorías nacionales son las dos fuentes más comunes de diversidad cultural en los estados modernos” (Kymlicka, 1996, p. 43). Esto significa que el tema de la multiculturalidad es netamente moderno y se mueve en el ámbito de las sociedades modernas liberales.

En tanto se mueve en Estados modernos, las democracias liberales son multinacionales y poliétnicas y lo que hace el multiculturalismo es intentar acomodarlas de forma estable, como por ejemplo con los derechos civiles y políticos de los individuos, los cuales, al ser para todos, permiten la compilación de las personas independientes de su cultura. Por su parte, la tradición mantiene la posibilidad de establecer ciertos derechos de comunidades para que coexistan sin perder sus principios ancestrales. Esto lleva a que el autor defienda al multiculturalismo como una forma de lidiar con las diferencias culturales dentro de las sociedades liberales dando paso a una armonía convivencial.

Ahora bien, la cuestión cultural y los derechos de las minorías son dos temas que habría que revisar con pinzas; un primer argumento parte que si bien los Estados liberales plantean alternativas que permiten la organización de las minorías con respecto a sus derechos, realmente lo que hace es establecer derechos universales, los cuales implican que los derechos individuales se ajusten a estas generalidades. Es decir, no se presenta realmente un cuidado hacia la cultura e individualidad. Por otro lado, la permanencia de estas culturas queda sesgada por el número de seguidores, pues conforme se adhieren a generalidades, las que van quedando relegadas, van a tender a desaparecer. Sin embargo, la esperanza no se pierde y se piensa en la posibilidad de entablar una política de derechos poliétnicos que versar en la igualdad, el pacto histórico y la diversidad.

En el mismo camino, se establece que la reivindicación por los derechos individuales debe ser exaltada en la medida en que estos permiten una verdadera igualdad, más que la generalización de derechos universales que no son más que los deseos de la mayoría, creando verdadera exclusión. De aquí que, esa omisión bienintencionada, en realidad tiene toda la intención de ir eliminando de a poco las minorías culturales, con el fin de generalizar el territorio, sin ensuciar sus manos, sino todo escudado bajo una falsa justicia.

El segundo argumento es respecto a los pactos o acuerdos históricos, los cuales se muestran bajo dos perspectivas. En la primera, dichos acuerdos salen de las posiciones sobre los derechos diferenciados lo cual genera “exclusividades”. La segunda es la acomodación de las minorías bajo acuerdos que benefician a los grupos mayoritarios, evidenciándose en la exaltación o derogación de pactos, según la conveniencia. Siendo este el panorama en el que se establecen los acuerdos históricos, la propuesta surgiría entorno a abandonar aquellos acuerdos que quizás no son necesarios o ya no cumplen las expectativas según la cultura desarrollada. El problema que aquí se establece, es que dichos pactos no han estado escritos bajo los términos de verdadera igualdad, lo cual no lleva precisamente a pactos realmente establecidos con el fin de reconocer y es que, este reconocimiento sólo podrá darse en términos de justicia, de lo cual carecen los pactos históricos.

Por último, se presenta la diversidad cultural; último elemento que el autor utiliza para demostrar la importancia de desarrollar derechos diferenciados a los grupos que componen a las minorías. En este presenta las ventajas de una comunidad diversa, como forma de enriquecimiento para las personas y su impacto en las políticas de inmigración. De esta manera, las políticas multiculturales deben ser vistas desde la posibilidad del reconocimiento político y cultural, sin olvidar que dichos proyectos deben diferenciarse según las situaciones por las cuales van atravesando las sociedades.

De este modo, el autor explica cómo se conforma el multiculturalismo a partir de Estados multinacionales y Estados poliétnicos, para lo cual vale aclarar que la posición parte de entender que ninguna sociedad es tan homogénea para encasillar sus costumbres en una sola. Es decir, que, atendiendo a la cultura, en cada nación se encuentran diferentes estilos culturales, propios de los grupos de personas que se van organizando. (Kymlicka, 1996, p. 31) Para lo que convoca en este

escrito, se gira la mirada hacia los Estados multinacionales, que consisten en la conformación de minorías, debido a la llegada constante de inmigrantes de los mismos países y que a su encuentro en tierras extrañas, permitiendo la instauración de su cultura. Es decir, se convierten en una minoría que por más que quiera ser olvidada, es imposible negarla.

Dentro del trabajo que realiza el autor, establece desde diferentes perspectivas la pretensión propia del multiculturalismo; por lo que, es importante ubicarse desde la línea del pluralismo cultural, el cual define como la medida a tomar por las diferentes circunstancias de migración que se dan. Este término encierra la necesidad de dar un reconocimiento a las minorías que se van construyendo y que, por su número, se les permite la conservación de sus costumbres y hábitos sociales. A este pluralismo también se le conoce como polietnicidad y es precisamente de este punto que se desenvuelve el multiculturalismo (Kymlicka, 1996).

Sin embargo, para el autor, el término continúa siendo una simple acomodación legal para representar a los grupos étnicos y a las minorías nacionales, un protocolo dirigido hacia el pacto a la protección de las minorías. Pero detrás de todo esto hay un miedo a perder el control al aceptar la celebración cultural, alejada de las normatividades sociales. Lo anterior se da entre el debate en que se encuentra la necesidad de dar un reconocimiento, en tanto ciudadanos en tierras nuevas requieren de atenciones legales.

Kymlicka, de forma un tanto inocente, expone lo que está sucediendo en su entorno, pues muestra que en la postura poliétnica, se abarca de forma global a todos los ciudadanos, pero aun así no brinda una solución a las cuestiones culturales que se sobrevienen dentro de la convivencia de diferentes mundos bajo un mismo espacio geográfico. Falta de un reconocimiento a las dimensiones de cada grupo, de manera tal que se atiendan las necesidades, pues, se recae en un asistencialismo legal, bajo la figura de reconocimiento, la cual queda débil frente a las realidades que se acontecen en aspectos como la parte religiosa, social e inclusive educativa.

El multiculturalismo en sí no es una mala propuesta “en su acepción normativa, designa un amplio espectro de tesis políticas, jurídicas y filosóficas destinadas a promover el respeto por las diferencias culturales en el marco de la democracia liberal” (Tovar, 2001, p. 123). De este modo,

las apreciaciones que brinda Taylor son de vital importancia ya que lo que buscan es el reconocimiento de derechos que permitan una diferenciación entre las comunidades sin que esto se conviertan en eventos para la discriminación. Por otro lado, Kymlicka desde el multiculturalismo liberal apoya la apertura de los derechos de la comunidad al acogimiento de las minorías; permitiendo así, un reconocimiento para ellas.

Sea cual sea el caso, la propuesta es vista como apoyo al liberalismo, es simplemente un maquillaje que se da a la realidad por la que está pasando el mundo globalizado. Este proyecto surge en la necesidad propia de las políticas liberales, es decir, es un intento de paliativo que es conveniente ante las circunstancias, ante los fenómenos que ya, no se pueden ocultar y que sólo se quiere desviar la mirada ante un falso reconocimiento, convirtiéndose sólo en reglas para la convivencia entre culturas que comparten un mismo espacio. No hay fondo, ni intención de cambio en la propuesta, simplemente es una salida ante un fenómeno.

Hasta aquí se han contrapuesto dos opciones para trabajar con el fenómeno de las minorías y la aplicación del multiculturalismo como modelo para la superación de los conflictos que este genera en las sociedades modernas. Uno de los puntos a favor que tiene el multiculturalismo, es la importancia que éste pone en el reconocimiento de aquellas culturas que habían estado desconocidas dentro de un sistema opresor. Sin embargo, hay aún dudas respecto a cómo funcionaría ese multiculturalismo en la cuestión que tiene que ver con los derechos y deberes de los ciudadanos; ya que, al parecer va quedando incompleto respecto a las necesidades que debe cumplir en una sociedad que responda a las dinámicas que ya trae la democracia liberal y a cada individuo reconocido en un sistema social incluyente.

De esta manera, queda la duda de qué alcance puede tener el multiculturalismo para responder a las necesidades propias y colectivas de estos grupos que ya no son sólo indígenas o extranjeros. Por el contrario, son guetos que se han ido conformando a través de las migraciones a países que brindan oportunidades y que envuelven a los individuos.

Se hace el cierre con los dos autores ya que, la postura de Slavoj Žižek devela realmente la condición en la que se encuentra el multiculturalismo frente al desarrollo de las sociedades

capitalistas. Este autor, de Liubliana es un filósofo, sociólogo y psicoanalista, interesado por las cotidianidades de los seres humanos. En su texto “Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional”, expone de manera directa las consecuencias del multiculturalismo, sacando a la luz las falencias políticas y culturales, con las que se divulga esta propuesta.

Su escrito parte de tres puntos fundamentales acerca de cómo se homogeniza una sociedad, para a continuación hablar acerca del multiculturalismo y sus límites. El primer punto, a saber, es que la tradición no es más que otra manera en que se particulariza un hecho, con el fin de universalizarlo como el mal de dicha sociedad, él expone el ejemplo con las mujeres solteras, quienes no son más que un fenómeno social; sin embargo, desde allí se pueden adjudicar problemáticas macros, como, por ejemplo, de tipo económico. se relacionan los dos, en la medida en que se afirma que los problemas económicos, se dan a causa de los subsidios y demás beneficios que se les brinda a las mujeres en esta condición; demostrando así, cómo desde tal fenómeno se encubren las problemáticas sociales.

De otro modo, si la particularidad se muestra amable conforme los modos de vivencia, muestran un buen vivir, logra emocionar a un grupo poblacional que nunca va a llegar a ese punto, dicho de otra forma, el anhelo de una persona clase baja de vivir como una clase alta; estos sueños son modos de dominación en la medida en que el sueño no es propio sino implantado con el fin de generar fuerzas de opresión hacia el otro, demostrándole falsas expectativas de vida, y son falsas no porque no puedan llegar a la meta, sino porque es el mismo sistema el que no lo permite. Esto envuelto en unos falsos valores apolíticos (Žižek, 1998, p. 3) en donde temas como la solidaridad y la igualdad no son más que medios para crear falsas expectativas de realidad.

El segundo punto que se expone tiene que ver con los correspondientes censurados en una sociedad, el autor presenta versiones de dicha censura, la cual es vista como algo que está mal hecho pero que a su vez, gracias a su existencia es que se generan ciertos tipos de exclusión, a entender, lo que dice el autor es que la descalificación de estos actos o acciones son las que permiten que se alimenten las acciones mismas, un ejemplo que trabaja es el de la armada y su relación con la homofobia, pues se tiene aversión a los gay, sin embargo sus acciones muestran este tinte todo el tiempo. ¿Qué sucede entonces allí? Es cierto nivel de perversión el que genera

este tipo de acciones. Dentro de las políticas de censura se entretajan las formas mismas de discriminación que después serán utilizadas como medios para generar o por lo menos hacer creer que hay igualdad, y es que se plantea que si es molesto hablar del tema y dejar en evidencia la condición de algunos, entonces la mejor opción es optar por no hablar ni preguntar por sobre ello, por ejemplo, si la cuestión homosexual es un tema difícil de abordar, mejor no se habla de ello, así se genera un velo de “todo está bien”.

Ahora bien, el tercer punto a tratar tiene que ver con el laborismo, el cual acepta la lógica del capital dentro de los procesos de crisis financieras, esto implica que se justifique la falta de estado de bienestar, por lo que se lucha por superar los obstáculos para arreglar miles de problemas y condiciones sociales, sin embargo, esta ideología espontánea no es más que una forma de subordinación, una falsa idea de libertad en la cual las personas tienden a pensar que pueden mejorar sus condiciones socioeconómicas, pero en realidad solo se abre más la brecha; el sistema lo único que genera es presión para salirse en últimas con la suya, prometiendo en falsas ilusiones por un lado y por el otro con una buena naturalización, creen en que han evolucionado.

Dando paso a lo que considera el multiculturalismo, este no es más que el acompañante de un capitalismo tardío que muestra cómo el racismo hace parte fundamental de su ideología, lo cual lleva evidentemente a que hayan dos clases de otro, uno folclórico (dominado) que ha perdido su esencia en los caminos de la sociedad, que habría que mirar con lástima si es el caso, por su infortunio y otro el cual es el que observa desde un puesto privilegiado lo sucedido al otro (es una imagen casi romántica del multiculturalismo, en la medida en que la pasión sobrepasa lo político). Es un falso equilibrio, que pretende encontrar un nacionalismo o un arraigo a lo propio que entre en equilibrio con otros arraigos y que ninguna de las dos partes se quede con los más puro de sí (Žižek, 1998). Así, el dominado supuestamente es el que maneja la sociedad y cubre de moral a su alrededor, y la otra parte que es la invisible, la parte propia de los ignorados, que son los que en realidad mueven a la sociedad (son los nomos mágicos que asean la casa).

Estos tres parámetros dialogados, desembocan en una problemática que convoca de todas las formas al multiculturalismo, tiene que ver con la universalidad, Žižek retoma a Balibar con su exposición de los tres universalismos. El primero que tiene que ver con la realidad, y es ese

universalismo globalizado, propio de exclusiones internas, como se ha demostrado líneas anteriores, continua el universalismo ficticio que es aquel que se basa en una hegemonía ideológica, en donde el sujeto tiene la posibilidad de tomar distancia respecto los grupos sociales y así, generarse de manera libre y por último el universalismo ideal que sería la revolución frente al existente; sin embargo no se encuentran en un medio estable, pues la universalidad hace parte de la naturaleza de los hombres por lo cual se muestra con sus falencias inestables; pensando en que la lucha constante entre los extremos debería permitir que se mantenga la armonía.

Esta supuesta armonía la brinda la globalización actual, en una falsa ficción hegemónica en donde se parte de la tolerancia y el respeto, es decir en las bases propiamente multiculturales, en donde son bien vistos los diferentes estilos de vivir. Para Žižek de la mano de Hegel, esto muestra dos esferas fundamentales, una primaria que es la sustancia propia del ser, sus tradiciones, ideológicas, modos de vida, frente a una esfera secundaria, la cual da la libertad de adaptarse y ser quien quiere ser. Esto, sin embargo, recae en un problema de creencias; ya que, las dos pueden entrar en contradicción debido a que, una llevaría a negar parte de la otra. Es de esta forma como comienza el desarraigo por pretender hacer parte de algo más grande, de algo mayor. Sin embargo, esto no brinda una solución a los verdaderos problemas de coexistencia. Sólo se juega, como con la homosexualidad a pretender que no pasa nada y se reivindica de esas acciones las que se convierten en hábitos normales.

Cabe aclarar que las dos identificaciones deberían despertar en el individuo un arraigo. Desafortunadamente cada vez más se desprende ese arraigo de lo primario, sustituyéndose por lo secundario que se va convirtiendo en lo primario, pues es allá donde comienza a identificarse, "en una suerte de "negación de la negación", es esta reafirmación de la identificación "primordial" lo que señala que la pérdida de la unidad orgánico-sustancial se ha consumado plenamente. (Žižek, 1998, p. 20). Finalmente, este universalismo no es más que el declive de una sociedad "moderna" inestable y falta de bases primarias sólidas que permitan unas instituciones sociales también sólidas que hagan del individuo y la sociedad un ente equilibrado frente a las políticas del capitalismo.

Hoy el capitalismo global -después del capitalismo nacional y de su fase colonialista/internacionalista- entraña nuevamente una especie de "negación de la negación".

(Žižek, 1998, p. 20) y es que el capitalismo ya ha pasado por tres fases, la primera fue su gusto por el Estado-Nación, la segunda la relación colonizadora con la explotación laboral, y la última, es donde se haya la auto colonización, la culminación de un Estado vuelto colonia “A la larga, no sólo terminaremos usando la ropa de una República Bananera, sino que viviremos en repúblicas bananeras” (Žižek, 1998, p. 21).

Entre una globalización que ha llevado a la auto colonización y a creer falsas expectativas sobre un mundo capitalista en el que ya nada importa, entre estas barreras y opiniones frente al otro, nace el multiculturalismo,

Es una forma de racismo negada, invertida, autorreferencial, un "racismo con distancia": "respeto" la identidad del Otro, concibiendo a éste como una comunidad "auténtica" cerrada, hacia la cual él, el multiculturalista, mantiene una distancia que se hace posible gracias a su posición universal privilegiada" (Žižek, 1998, p.22).

Así, el multiculturalismo es la prueba de esa censura en donde da igual, pero quien lo dice está en una posición diferente, un lugar privilegiado frente a ese otro que se mira como diferente, de aquí que la neutralidad del multiculturalismo no es más que el imaginario de un universal hegemónico de lo más simple, pero que es adornado con irrealidades que le permiten perderse en una fantasía social, el multiculturalismo es una posición de individualidad, que evidencia la universalidad puesta en un capitalismo euro centrista, donde en realidad poco importa la individualidad perdiéndose en debates electrónicos.

De este modo, el capitalismo maneja estas particularidades, pues son propias de su ser; sin embargo, lo que es importante mencionar es que son sólo situaciones las cuales no van a trascender, no es posible que todas las luchas minoritarias se unan; ya que, cada uno expresa diferentes luchas, así el capitalismo global está protegido de un levantamiento común; el multiculturalismo no es más que una falsedad dentro de un sistema capitalista, en donde siguen habiendo privilegios para una clase selecta y los demás quedan despreciados intentando una lucha interna por un reconocimiento. El capitalismo no ataca la diferencia, pues no es necesario, dado las dinámicas en las que se mueve, la cultura sola se acaba de cada particularidad.

Con las múltiples condiciones que están dispuestas a aceptar para un reconocimiento igualitario, que permite que todas las culturas sean recibidas en una sociedad bajo los lineamientos multiculturales, aún se encuentran problemáticas, el hecho que si bien hay un reconocimiento este tiende a dejar fuera ciertas particularidades, y a pesar de lo incluyente de algunas sociedades, hay un trasfondo que lleva a que la sociedad también tenga una cultura que en últimas se impone frente a las demás, acusando simplemente a que si usted quiere vivir aquí, hay cosas que se respetan pero hay otras a las que tendrá que adaptarse. Por otro lado, simplemente se tolera que vivan en la diferencia sin poner mucha atención, forzando así la adaptación a lo que se establece y respetando sólo lo universalmente aceptado. Hay una aceptación hipócrita que se instaura como principio social y es que son tolerados, pero con una censura de su identidad. En estos debates se encuentra el multiculturalismo, debatiéndose entre la aceptación con represión o una aceptación sin importancia, pero que los dos caminos llevan a situaciones de discusión en tanto el afán de aceptar todo deja a las culturas sin nada.

Žižek, deja en claro el juego hipócrita del multiculturalismo y exponiendo que éste no es más que un títere en el juego capitalista, en el que impera las falsas ilusiones y el juego constante con las minorías que por demás aún creen en que con trabajo duro podrán ser socialmente aceptadas. A la propuesta multiculturalista no le conviene que haya luces de justicia o igualdad, pues de allí que toma su fuerza para manejar a las personas a su antojo. No se necesita de cambios ni de cumplir promesas, pues éstas son el motor de su sociedad, tampoco necesita que las personas se conformen con lo que son, necesita de un movimiento constante que le permita llegar a los intereses de los dominadores, esa es su finalidad.

El recorrido realizado hasta aquí permite ejecutar un balance frente al desarrollo de la propuesta multiculturalista. La invitación es a analizar cómo con cada reflexión se van desenmascarando los verdaderos intereses de la propuesta multiculturalista, pero en última instancia qué más se podría esperar de un pensamiento surgido entre los pensamientos capitalistas. Puede que la propuesta funcionara, pero son quienes llevan las riendas los que el mal usan en sus intereses personales, pues dentro del capitalismo no se puede hablar de buenas intenciones, como expresa Tovar, “en el fondo la celebración postmoderna de las diferencias culturales ha sido una

estrategia con la cual las políticas hegemónicas de la globalización han puesto a su servicio la diversidad de los pueblos” (2004, p. 48).

El multiculturalismo en Latinoamérica desde Villoro y Olivé

Como última parte de esta sección se hará un breve estudio acerca de las políticas multiculturalistas a la luz de dos exponentes latinoamericanos, específicamente en el territorio mexicano. Villoro y Olivé rescatan lo más apetecible de las teorías desarrolladas por Taylor y Kymlicka respectivamente, brindando así un uso ya no sólo en Estados Unidos sino en tierra mexicana. A pesar de que sus intenciones son buenas y realmente quieren aprovechar las políticas para el trabajo con las minorías, deben recordar que el origen del multiculturalismo es otro muy distinto a la fiel intención de libertades universales pero autónomas donde se respeta la cultura y se invita a compartirla.

Villoro se sirve de la trayectoria de Taylor para desarrollar su propuesta desde el espacio latinoamericano. Es de este modo, que realiza su trabajo partiendo de las crisis propias del contexto como lo es la cuestión de la identidad, la cual ejemplifica como las notas que singularizan a través del tiempo ya que es una necesidad profunda, casi espiritual e individual frente a un grupo que conlleva directamente a los modos de actuar en el mundo. Ahora bien, dicha identidad se pierde en los procesos mismos de socialización en los que dominador y dominado se encuentran.

El dominador arrebató la identidad, la desvirtuó produciendo así una división en lo que se creía que era la identidad, la mal forma tanto que el dominado resulta creyendo que su identidad es como la denomina el dominador. Por desgracia para el ente fuerte no todas las comunidades asumen con la cabeza baja que su imagen se las dé un tercero. Sin embargo, el daño ya está hecho, pues entre los que se resisten a una identidad impuesta frente a los que creen ciegamente en el dominador, hay efectivamente una ruptura en la identidad, en lo sagrado y profundo de cada ser humano (Villoro, 1998, 64-65).

Inspirado en Villoro, podría pensarse en los beneficios que esto traería para la conformación de nuevas identidades, basadas en la dominación cultural. Así, surgiría la siguiente

pregunta ¿por qué sería importante para el dominador acabar con la identidad de los pueblos? La respuesta es clara, sin identidad las personas son vulnerables, los pueblos pierden horizontes y así el implantarles nuevas ideas es más fácil. El desequilibrio que genera permite el juzgamiento la crítica mal intencionada y la burla, desmembrando de a poco al ser humano, a su espíritu e historia. Es por esto por lo que los pueblos que mantienen su identidad están en una constante resistencia frente al otro. Esa resistencia es la lucha constante para no quedarse sin lo propio. Rechazan tajantemente la idea de verse a sí mismos como los ve el otro.

Esta lucha constante permite que se mantenga lo tradicional, pero también permitiendo un movimiento que proyecta a la comunidad. Para Villoro, el desarrollo de lo anterior se da en dos vías, la vía de la singularidad y la vía de la autenticidad.

La vía de la singularidad pertenece a los rasgos propios, es decir, a lo que todo mundo observa de una comunidad o grupo diferente, su estética o comportamientos. Realmente es algo superficial pero que si se le brinda la atención suficiente puede llegar a ser elementos de discriminación. Por ello debe evitarse al máximo la afección sobre lo que es de sangre de rastro (Villoro, 1998, p. 73).

Por el contrario, la vía de la autenticidad es el punto en el que se desarrolla toda la identidad, pues es la transmisión del haber colectivo a partir del cual se van adhiriendo nuevos elementos permitiendo la construcción continua y común. Es por esto por lo que la identidad se relaciona con lo auténtico, pues es desde lo contextual que pueden crearse proyectos de bienestar comunes y estos proyectos son un impedimento globalizante, porque debería atenderse a cada proyecto acudiendo al bienestar de cada comunidad. Por eso, es más fácil trozar desde el fondo. Sin identidad no hay proyectos comunes y si no los hay las minorías se agregan a los proyectos de afuera. La identidad corresponde a un proyecto que cubre las necesidades de las personas que allí se encuentran y de este gran proyecto se derivan los demás,

La voz del pasado no sólo hechiza ordena. Debemos fidelidad a nuestra historia. El haber se transforma fácilmente en <<destino>>. La singularidad descubierta, el conjunto de haberes con que nos identificamos debe ser resguardado de los otros. A las imágenes que ellos nos

envían, se sustituye ahora una figura ideal, fija, a la que todos debemos conformarnos (Villoro, 1998, p.74).

Por el respeto a las culturas no se establece la identidad desde lo singular, desde lo que ve el otro. Su proceso es más profundo. Desafortunadamente, las comunidades se desquebrajan por cómo las mira el dominador, y de allí se pierde entre su querer y lo que quiere el otro. Villoro explica que el concepto de identidad debe ir más allá, debe ser visto desde lo ancestral, desde la construcción atemporal de los pueblos y no como la singularidad de un vestido o un baile; se explica en la profundidad del ser mismo, de su realidad y de su futuro,

«Llega a ser tú mismo» es el llamado de la identidad. ¿Cómo entender este mandato paradójico? El «sí mismo» no es solo lo que se es, sino lo que se ha de llegar a ser. Y es auténtico si no se engaña, es decir, si responde a sus deseos profundos y obedece a sus ideales de vida. «Ser uno mismo» no es descubrir una realidad oculta en nosotros, sino ser fiel a una representación en que nuestros proyectos integran nuestros deseos y actitudes reales (Villoro, 1998, p. 78).

Claro está que la postura tampoco es la de estar cerrados en sí mismos. Por el contrario, se demuestra que las culturas pueden tomar elementos de otras para cumplir sus proyectos. Esto no genera unas pérdidas en ningún caso. Por el contrario, genera ganancias en la medida en que hay reconocimiento de los demás, pero desde mi propia casa. En este sentido, cada cultura es una forma de vida que se ofrece a los demás.

Tomando como punto de partida la identidad como eje fundamental, se establecen los tres aspectos de los cuales las sociedades deben estar dispuestas a trabajar (la justicia, la democracia y el multiculturalismo) como los retos a enfrentar, brindando las siguientes pautas: que la justicia sea vista como derecho fundamental y no como mecanismo para la discriminación, que (inspirado en Taylor) la democracia sea comunitaria o consensual, a propósito de la primera acepción, y por último que haya una apertura entre comunidades, separadas del relativismo cultural y de pretensiones universalistas.

Ahora bien, para ser entendida la justicia, se parte de la injusticia, para dar la vuelta y establecer a qué entonces se le debe llamar así, hilándolo plenamente con las cuestiones del reconocimiento y la identidad, pues no puede haber justicia si no hay respeto por el otro y mucho menos si los estamentos sobre la que está redactada son ajenos a las personas de la sociedad,

Se trataría de un modelo teleológico que apunta hacia una situación ideal en la que todos los miembros de la sociedad puedan alcanzar los fines valiosos que se propongan tanto en lo individual, como en lo colectivo, atendiendo a las peculiaridades de cada grupo, pero evitando que la realización de los fines de unos excluya la posibilidad de que otros también realicen sus propósitos (Velasco, 2009, p. 231).

De este modo, la justicia y la democracia ayudarían a relegar los intereses particulares dominantes, dando paso a la satisfacción de intereses comunitarios. Se sacaría del vocabulario la exclusión, la justicia realmente es vista como no exclusión en ningún aspecto (Villoro, 1997). Por otro lado, la cuestión del multiculturalismo queda entre líneas, pues se rescata a Taylor para las cuestiones del reconocimiento y la democracia, pero al momento de hablar plenamente del multiculturalismo, Villoro da vuelta sobre la promoción del diálogo intercultural, rescatando así que el multiculturalismo permite la legislación en las sociedades, pues su marco político y normativo colabora en la reorganización de sociedades con diferencias culturales. Sin embargo, el paso para hacer esto realidad sería el diálogo intercultural

Ahora bien, en esta misma línea se presenta León Olive quien basado en la teoría de Kymlicka también realiza sus aportes al tema del multiculturalismo. Al igual que muchos pensadores, sostiene que el término multiculturalismo es objeto de crítica debido a sus múltiples connotaciones,

El concepto de “multiculturalismo” ha suscitado grandes polémicas principalmente por dos razones. Primero, porque no tiene un sentido unívoco, sino que adquiere diferentes significados según los modelos de sociedad con los que se le asocia. Todos esos modelos son discutibles, pues incluyen concepciones acerca de los pueblos y las culturas, sus funciones, sus derechos y obligaciones, sus proyectos de desarrollo, las relaciones entre los

pueblos y los individuos, y las relaciones entre los diversos pueblos. Por lo tanto, el concepto de “multiculturalismo” queda sujeto a esos debates, así como a las críticas y objeciones que se plantean a los diversos modelos (Olive, 2004, p. 22-23).

El solo hecho de imaginar los diferentes tipos de sociedades, trae consigo el problema de esquematizar el término mismo, y es que la congregación de diferentes comunidades, a su vez evidencia la fuerza del capitalismo y es la que desemboca en un individualismo. Las sociedades están organizadas de manera individualista, lo cual Olive enfatiza para demostrar la necesidad de hacer cambios dentro de esa corriente liberal de manera tal que puedan corregirse los principios de ética y política, que son los más afectados.

Las relaciones asimétricas, es decir, las que no han tenido una construcción igualitaria, son las que han generado los procesos de globalización, versados en las nuevas formas de producción, el manejo tecnológico y los cambios de vida. También se le suma las constantes migraciones y que sin lugar a duda pueblos más fuertes han ejercido presión sobre los más débiles, en algunos casos llegando casi al punto de exterminarlos. Este panorama demuestra como cualquier aspecto del ser humano está rodeado de discriminaciones y exclusiones (Olive, 2004, p. 23-24).

En consecuencia, se expone la posibilidad de ampliar el espectro multiculturalista, pues al igual que con los tres autores de la segunda parte, estos autores hacen una interpretación partiendo de lo experiencial y geográfico. Sin embargo, y a pesar de las posibilidades y potencialidad que se ve en el multiculturalismo, este no permite el pleno abarcamiento de las relaciones complejas que se encuentran en sociedades donde confluyen minorías, comunidades originarias y procesos migratorios, por lo que, ante el ejercicio evaluativo, se concluye que es importante superar los universalismos y relativismos.

La concepción alternativa a estas dos es una posición *pluralista* en ética y en epistemología. La concepción pluralista promueve una idea de la ética como conjunto mínimo de normas y de valores para la convivencia armoniosa entre diferentes personas y grupos sociales, aceptados de común acuerdo (Olivé, 2011, p. 218).

El punto de partida es la definición de cultura en el marco de la globalización, comenzando por una crítica en la cual se pueden casi que enumerar las consecuencias que la globalización ha traído sobre los procesos culturales de las comunidades. Por una parte, se han impulsado las políticas de reconocimiento, permitiendo así que pueblos indígenas y otras comunidades sean visibilizados. Sin embargo, el hecho de saber que ahí están ha generado una polémica, pues han sido los pueblos dominantes quienes se han encargado de ellos, entrando así en choques culturales y políticos, pues esto incita a la organización de movimientos que el autor denomina antiglobalizantes (Olivé, 2011, p. 219). Retomando la cuestión de la cultura, el término es importante ya que es desde éste que se comienza a trabajar sobre el reconocimiento y el respeto por las identidades que cada pueblo o grupo.

Sin embargo, él no ve inconvenientes sobre los hechos globalizantes, es decir, no está dentro de su pensamiento el desmeritar lo que hasta ahora se ha realizado. Su postura es clara, la idea central de los trabajos que él tiene frente al multiculturalismo es la de generar políticas de reconocimiento, basada en contextos, que les permitan a las comunidades excluidas ingresar a las dinámicas propias de la sociedad en la que conviven. Es decir, su ideal es brindar herramientas que ayuden a afrontar las realidades tal cual se les presenta, las cuales incluyen la movilización de su territorio y las nuevas políticas sociales y económicas,

Por eso es indispensable la participación de representantes de los grupos que serán afectados y, en su caso, beneficiados, así como de especialistas de diversas disciplinas, entre las cuales necesariamente deben estar científicos sociales y humanistas (Olive, 2011, p. 216).

Entonces, la invitación que hace Olivé en caminos multiculturales es la de la reconciliación entre culturas, para que haya una participación total que permita la toma de decisiones en los aspectos políticos, sociales y culturales. La duda que se despierta ante su posición es la forma de moderar éstas reconciliaciones, porque si al llamado están especialistas, es porque al igual que en Kymlicka simplemente va a ser una ilusión la de pensar que está siendo escuchadas cada uno de los pensamientos.

La postura del autor es variante, pues integra diferentes términos aprovechándose de la ambigüedad de estos. Tal es el caso del multiculturalismo y el interculturalismo, que para él llegan a ser lo mismo, a su vez integra el pluralismo, pero lo hace de manera tan general que los baches respecto a si se está o no de acuerdo con los procesos de dominación, realmente quedan en el tintero.

Por otro lado, cabe resaltar la preocupación que demuestra frente a su contexto y la ilustración real que brinda a las problemáticas latinoamericanas, pues, como ya se había dicho, una situación varía según el contexto. Por lo tanto, no es lo mismo hablar de Kymlicka en territorio estadounidense que sentar sus bases reflexivas en Latinoamérica. De ese modo el esfuerzo por interpretar y evaluar el trabajo en otros contextos es valioso en la medida que demuestra las necesidades propias de cada cultura y ratifica lo volátil que es el multiculturalismo en época de globalización.

De este modo, se concluye el recorrido por el multiculturalismo, reconociendo los alcances y límites que esta propuesta tiene para el desarrollo de proyectos integradores sobre la base de un reconocimiento verdadero de las diferentes culturas que puedan encontrarse en un mismo lugar. Cabe resaltar que con el multiculturalismo como propuesta integradora de saberes y prácticas realiza valiosos aportes para la reflexión, en tanto que abre los caminos a múltiples posibilidades de reconocimiento en el territorio. Sin embargo, queda corto ya que sus políticas normativas no le permiten un avance en el reconocimiento visto en los aspectos multidimensionales del ser humano, ya que sólo se cumple con los mínimos de convivencia.

Capítulo II

El Proyecto Intercultural como camino a la reconstrucción de identidades en el mundo globalizado

Todos perciben el mundo desde la perspectiva de las ventanas de su propia casa cultural; y todos prefieren actuar como si las personas de otros países tuvieran algo especial (un carácter nacional), pero es la casa propia lo real, lo normal. Desafortunadamente, no hay ninguna posición normal en los asuntos culturales. Ése es un mensaje incómodo, tan incómodo como fue la aseveración de Galileo Galilei en el siglo XVII, cuando dijo que la tierra no era el centro del universo. (Geert Hofstede)

Las dinámicas de un mundo globalizado, en que medios como internet y el flujo constante de conocimiento, cultura y estilos de vida, abren la posibilidad de conocer otras identidades y mundos que son compartidos y dispuestos a la humanidad. Aquello genera un conocimiento de lo múltiple y diverso que puede ser el mundo mismo. Ahora bien, si a esto se le suma los grupos culturales, las migraciones y las construcciones nuevas culturales, se va centrando en poner atención a las relaciones culturales.

Pensar de manera general y dinámica este fenómeno centra la atención a cualquier aspecto social, político y económico, si bien, no es negar y seguir con la construcción de una sociedad monologa, sino que el fenómeno debe ser atendido con la meta de establecer una sociedad justa, partiendo del respeto que debe tenerse por cada uno de los individuos y grupos que la conforman.

Entre estas reflexiones van apareciendo propuestas como el multiculturalismo y la interculturalidad, propuestas que intentan captar la diversidad de una sociedad en un sistema que la apoye, pero que sea de conocimiento para todos. Y aunque puede ser un intento fácil para poner en orden un sistema social, puede llegar a ser tan complejo que, a pesar de los múltiples intentos y perspectivas, aun se deja en remojo la cuestión de una aceptación verdadera.

El siguiente apartado está dividido en las siguientes partes. En primer lugar, una breve contextualización acerca de qué se entiende por interculturalidad y algunos antecedentes. En un

segundo momento, se referencia una semblanza acerca de Raúl Fornet-Betancourt, su vida y obra. Seguidamente, se despliega del proyecto de filosofía intercultural del autor principal.

Nuestra América en clave intercultural

Hablar del interculturalismo y la interculturalidad, debe remitir a un punto cero, a los inicios de dicho proyecto y de cómo fue permeando de a poco cada uno de los aspectos del desarrollo de la humanidad. Pues ahora es imperativo en muchos espacios no solo intelectuales sino sociales y políticos, el hablar de interculturalidad. Sin embargo, y en consecuencia a lo sucedido con el multiculturalismo, sus diferentes acepciones generan dudas frente a su proceder. Es así como la palabra puede inclusive mal usarse para beneficios propios tales como el permitir relativismos que afectan el libre movimiento de un grupo social.

Lo primero a decir es que el interculturalismo se entiende como la interacción y encuentro específico entre culturas (Hernández-Reyna, 2007, p. 436), lo cual significa un nosotros frente al mundo. Solo cuando haya una verdadera interacción es que se puede hablar de interculturalidad. Esto encierra las oportunidades que con el tiempo va a ofrecer esta idea, si bien, se pueden encontrar espacios en que hay coexistencias de culturas que están en un mismo territorio, sin embargo, no podrían saber que existen entre ellas. Ahora bien, el término lo que realmente hace es afirmar la diversidad cultural como un supuesto fundamental porque se parte del hecho de entender que hay diferentes culturas, que todos no son iguales y que pueden existir modos de vivir tan complejos que puede llegar a juzgarse en ámbitos morales.

De aquí que la interculturalidad nace dentro de la diversidad y la diferencia, partiendo de este fenómeno que se alza las estructuras de diferencia no como el reconocimiento del otro sino como los procesos coloniales de racismo, que en últimas es lo que comienza a llevar a los abismos culturales. Sobrepasa el espíritu político y universalista sobre las posibilidades de la exaltación de la diversidad como potencializado de estructuras igualitarias y diferenciadoras (Cuevas, 2012, p. 135).

De este modo, la interculturalidad está claramente marcada en dos vías, en la primera de ellas como mero estudio teórico, en el que se desenvuelve los estudios acerca de las diferentes culturas, de su variabilidad y modos de existencia, de la exaltación por lo diverso de la humanidad, desembocando en diferentes ramas del pensamiento humano. Así mismo, el desarrollo de producciones teóricas que han visibilizado lo que se ocultó desde el encuentro entre América y Europa, ensamblando así la importancia ancestral con las dificultades modernas tales como la globalización. La segunda vía es la política, pues la manifestación por el reconocimiento implica serios cambios sociales, que en últimas recaen en los gobiernos y sus proyectos, en la posibilidad de generar caminos que permitan se entrecrucen ideas, modos de vida, peticiones y participaciones verdaderas y válidas para la construcción de una comunidad que se sirva de la diferencia para construir y no para dominar. Sobre esta última vía se encargará este trabajo; y no es que las vías no se encuentren de vez en cuando. Por el contrario, se sostiene la una a la otra, pero su diferencia es que esta última lleva a la realidad lo escrito en teoría, demuestra la viabilidad del proyecto como alterativa a un mejor vivir intercultural y comunitario.

Y es que la interculturalidad sobrepasa su labor misma, al momento de exponer que los procesos por el reconocimiento no pueden seguir siendo ideas fantasiosas, pues la realidad de las sociedades son otras, y son realidades que necesitan un mejoramiento en los tratos y redes sociales. La interculturalidad demuestra así que debe extenderse un nuevo orden político, que la sociedad sea espacio de anhelo y no de desespero y todo esto se hace gracias al rescate de la diversidad, de esa primera aparición del hombre que establece que la igualdad no es ser todos idénticos y que la diferencia puede construir y contribuir a un mejor vivir.

Desafortunadamente entender que en la posibilidad a algo distinto hay grandes hallazgos ha sido tema de difícil solución, pues es más fácil asumir como verdad una posición y muchas veces callar y aceptar el mandato universalista. De aquí que la interculturalidad cambie el camino al ser definida como la interacción entre culturas de forma horizontal, es decir, sin que ninguno de los grupos se crea superior al otro, generando una integración del otro bajo un proyecto de convivencia que desemboca en la armonía de cada uno de los agentes activos (Cuevas, 201, p. 136-137).

Siguiendo la vía política, se parte del hecho de revisar cómo el proyecto político de la interculturalidad ha recaído en Latinoamérica. Para ello se toma de base a José Martí y su inspiradora obra, pues ya desde él se pedía a gritos el reconocimiento de las culturas. Este autor de origen cubano plantea en su breve, pero conmovedor ensayo las problemáticas que se avecinaban en su época, tristemente sus palabras son olvidadas en las realidades de los pueblos. En el texto “Nuestra América”, Martí demuestra ya los problemas que se sobrevienen para las culturas latinoamericanas. Dos aspectos han de tener relevancia, el primero de ellos los robos y desmanes por parte de los dominadores, y el segundo, el arrebató de la identidad, del espíritu de cada comunidad.

De este modo, se invita al pueblo a luchar, a no darse por desentendido frente a las realidades que se vienen y se proyectan. Está unión demuestra la posibilidad de una conciliación de los pueblos, con el fin de la lucha común. Por más diferencias que se encuentren entre una y otra comunidad, no se puede olvidar que hay algo más grande que derrotar. Quizás el llamado aquí se hace porque el dominador observa tranquilo cómo los pueblos entre ellos se creen enemigos y se eleva ante los ojos una cortina que encubre al verdadero mal.

Ahora bien, el segundo aspecto de relevancia en el texto, también lo es en el proyecto de la filosofía intercultural. El juego con la identidad es un arma poderosa, pues es a partir de la creencia de que hay que sentir vergüenza por lo que el dominador juega y se sobrepone cada vez más, siendo el modelo que seguir, al cual se ha de imitar. Martí evidencia dicho juego, por lo que lo denuncia, una vergüenza por el ser latinoamericano, una falsa idea de europeización que desangra la tierra de América, encubriendo vilmente la raíz, lo propio y autóctono,

Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crio, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, ¡y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre? ¿El que se queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? (Martí, 2010, p. 134).

El llamado es a la comunidad, al hombre latinoamericano que reorganiza sus prioridades dejando de lado, la raíz, para voltearse totalmente a la imagen seductora del colonizador, quizás por la ansia de ser como él, de tener su poder y gobernar haciendo daño al otro, mintiéndole a sus tradiciones, queriendo ser mejor, sin darse cuenta del daño que hace a su tierra que no sólo es nacionalidad sino herencia, conexión y cultura con los antepasados. Con lo que ha hecho que él sea, se subestima frente a la imagen de lo novedoso, esa falsa idea de progreso que recae en la incapacidad misma de gobernarse y continuar,

La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia (Martí, 2010 p. 134)

De este modo, el autor recae sus argumentos en la parte política, donde identidad y el afán de control recaen en gobiernos inservibles, pues no se fijan en los contextos en los cuales ejercen su gobierno, son modelos extranjeros, acomodados para creer que sólo con ello se será igual al modelo, de aquí se encuentra una crítica que si bien es parecida a los términos multiculturales, pues, es el acople de dos sistemas, mundo diferentes en una maquinaria global que no da cuenta, ni cubre las necesidades, ni apoya los proyectos locales. Todo esto soportado bajo los ideales de barbarie y civilización; desafortunadamente la idea de un mundo civilizado ha querido llevar una homogeneidad, donde la resistencia al modelo debe ser opacada a toda costa, “conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento es el único modo de librarlo de tiranías” (Martí, 2010, p. 135).

Sin embargo, el camino tiene detalles importantes para un gobierno adecuado para este territorio, y es que la cuestión de la barbarie y la civilización en el campo cultural, su incidencia en el aspecto político cierra la posibilidad al estudio del contexto, pues la finalidad es invalidar cualquier postura nacida del origen para la implementación de la novedad extranjera. Es por todo esto que la invitación de Martí es a no desfallecer, a continuar en la lucha de la exaltación latinoamericana, de la reivindicación de los pueblos y en especial del fortalecimiento de lo que se es para no dejarse envolver en identidades que no se acomodan,

Antecedentes acerca de la propuesta de interculturalidad y la filosofía intercultural

Se plantea estudiar los antecedentes de la propuesta intercultural y cómo han ayudado a dar vida a aquellas voces ignoradas que, a partir de un reconocimiento, han comenzado a sentirse parte de este mundo. Pensarse desde la interculturalidad abre la posibilidad a caminos de reconocimiento que pueden ir más allá de un mero contentillo político de inclusión o tolerancia, pero para esto debe ser visto desde un planteamiento que muestre todas las aristas propias del problema.

Raúl Fornet-Betancourt, quién será el autor clave en los siguientes apartados nació en Cuba en 1946 y desde el año 1972 ha residido en Alemania. Profesor de diferentes universidades tanto en Europa como en Latinoamérica. Sus títulos de filosofía y doctorado fueron obtenidos en universidades de Europa. Los estudios y pensamientos que ha desarrollado se ubican en el pensamiento latinoamericano e intercultural, línea en la que es director en la universidad de Aachen.

Aunque está radicado en Alemania, ha sido invitado a múltiples eventos en Latinoamérica que van desde charlas y conferencias a clases, desde México a Brasil. Bajo su acompañamiento y coordinación, se han realizado, gran cantidad de congresos Internacionales de Filosofía Intercultural. Los primeros tuvieron como sede principal México en el año de 1995, Brasil en 1997 y Aachen en el año de 1999. Junto a sus visitas y se han propiciado espacios para compartir su conocimiento y trayectoria en el desarrollo del diálogo y la filosofía intercultural. A lo anterior, se le suman gran cantidad de libros, artículos, conferencias, textos inéditos y prólogos a libros y la fundación de la revista concordia, publicada en cuatro idiomas.

Su pensamiento estuvo influido en un primer momento por autores como Emmanuel Lévinas y una consistente lista de pensadores iberoamericanos como José Vasconcelos, Leopoldo Zea y Luís Villoro, tomando gran interés por la filosofía de la liberación en acompañamiento con Enrique Dussel.

Dentro de las etapas de su pensamiento se identifican las siguientes. La primera de ellas fue un estudio que realizó acerca de la filosofía europea, en especial de España, Alemania y Francia. Durante esta etapa (1978-1985) realiza una reflexión concienzuda sobre la filosofía eurocéntrica a la par que va construyendo sus argumentos sobre la posibilidad de una filosofía hispanoamericana, sin prejuicios, ni desviaciones. En esta etapa de su pensamiento comienza a trabajar con la categoría de inculturación y la filosofía de la liberación. Sus principales obras de entonces son, *Problemas actuales de la filosofía en Hispanoamérica* (1985), *la cuestión de la filosofía latinoamericana* (1984).

La segunda etapa, se establece entre 1987 y 1994, no es una ruptura de la etapa anterior; por el contrario, es la consecución de su pensamiento y estructura de lo que, con el tiempo, se determinará como su propuesta intercultural. En esta etapa aún sigue la preocupación por una filosofía latinoamericana tomando ya una postura clara frente a las características de la teología de la liberación.

Durante este periodo su pensamiento ya abandona la idea de una interculturación por evaluarla como poco radical y poco separada de las ideas de Occidente. Aquí el tema del logos y la posibilidad de encontrar otros modos se convierten en piedra angular de su pensamiento. Dentro de los libros y artículos más destacados se encuentran, *documentación y evaluación de la recepción de la Filosofía Latinoamericana en Alemania* (1987), *Notas sobre el sentido de la pregunta por una filosofía americana y su contexto histórico-cultural* (1988), *La pregunta por "la filosofía latinoamericana* (1988), *Filosofía latinoamericana: ¿posibilidad o realidad* (1990), *En lugar de una introducción: Problemas del diálogo intercultural en Filosofía* (1993), *Pensamiento Iberoamericano como base para un modelo de filosofía intercultural* (1994), *Filosofía intercultural* (1994).

La última etapa va desde 1995 hasta la actualidad, la cual ha sido dedicada al desarrollo de un propuesta ética y política de la interculturalidad, basándose radicalmente en el cambio del pensamiento universal a la aceptación de logos que corresponden a diferentes contextos, estos a su vez permeados por los fenómenos de la globalización.

De esta manera, el pensamiento de Fonet-Betancourt establece claridad entre las categorías y los fenómenos que trabaja, las de un mundo globalizado con unas dinámicas económicas y políticas que atañen al campo filosófico, en tanto entran en contacto con las culturas, los modos de otro mundo y el trabajo por una nueva concepción de verdades. Su ideal es romper con los paradigmas que ha construido la globalización, siendo radical en la posibilidad que debe haber ante un mundo con diversidad cultural.

Esta etapa de su pensamiento ha sido la más productiva de su carrera, mostrando una posición madura y definitiva a lo que va a hacer su propuesta, sin negar evidentemente que sus estudios hayan sido el camino forjado hasta hoy. Dentro de sus obras más representativas, producto de sus reflexiones y propuesta se encuentra *José Martí y su crítica a la filosofía europea* (1995), *Introducción: Aprender a filosofar desde el contexto del diálogo de las culturas* (1997), *Estudios sobre Tesis para la comprensión y práctica de la interculturalidad como alternativa a la globalización* (1998), *Pensamiento Iberoamericano como base para un modelo de filosofía intercultural* (1994), *Estudios sobre Tesis para la comprensión y práctica de la interculturalidad como alternativa a la globalización* (1998), *La filosofía como proyecto intercultural* (1998), *La filosofía intercultural desde una perspectiva latinoamericana* (2011). *Supuestos, límites y alcances de la filosofía intercultural* (2001).

Raúl Fonet-Betancourt ha dedicado gran parte de su estudio al desarrollo de la filosofía intercultural y de un diálogo en clave intercultural, con el fin, de demostrar la posibilidad de conocimiento que se encuentra alrededor de sectores que se creen homogéneos. Esto gracias a las miradas exteriores que han supeditado a ciertos lugares del mundo como simples sombras o como un todo bajo una mirada vigilante de lo único que puede llamársele cultura, tradición y filosofía. Es por lo anterior, que la postura del autor va dirigida al rescate de esas voces que no han sido escuchadas y que guardan en su silencio otros mundos, otras visiones, que sin lugar a duda son tesoros que enriquecen el pensamiento humano.

Ahora bien, para el desarrollo de la propuesta que aquí se presenta, es indispensable realizar una conceptualización de lo que se denomina interculturalidad (con sus distintas acepciones). Así mismo, revisar los antecedentes y usos de la filosofía intercultural como método para responder a las necesidades propias de las comunidades que conviven conjuntamente; Intentar definir la interculturalidad, lleva inmediatamente a generar dudas respecto a desde qué perspectiva se está definiendo. Por esto, para brindar con claridad una buena definición de interculturalidad, es importante quitar los vestigios de definir y teorizar en clave monocultural. Es necesario replantear desde las bases mismas, con la finalidad de lograr algo que no esté sujeto a tradiciones y que en vez de limitar las posibilidades de su definición, sean simplemente puertas y ventanas que se abran para ser compartidas en distintas percepciones de la interculturalidad.

La filosofía hoy en día es concebida desde la historicidad, ya no sólo con un saber o teoría, sino que permite una revisión desde su propia historia. De este modo la historicidad, ha abierto el encuentro entre la teoría y la praxis brindándoles un espacio cada vez más seguro a la filosofía intercultural. Sin embargo, cabe anotar que esta historicidad no es más que una sola historia, remitiendo al problema único del logos occidental. Sólo hay una historicidad, la cual es contada únicamente por una parte del mundo, desplazando las demás posiciones que se encuentren.

Lo anterior genera inmediatamente una marginación por las demás historias, y aparte, rompe el espacio tiempo, quedando un universal atemporal que cierra la puerta a demás visiones y posibilidades históricas. Dichas historias salen de la linealidad porque no van al ritmo de occidente, ni al tiempo de su historia generando así, divisiones y clasificaciones que trascienden a los planos políticos, económicos y culturales, pues se habla de desarrollo y subdesarrollo, por ejemplo.

Dentro de este panorama, desarrollándose la filosofía en otro plano, revisando la historicidad, se abre campo también la interculturalidad como propuesta alternativa, basada en el diálogo entre culturas, punto clave, en la medida en que ayuda a transformar la visión de historicidad trabajada hasta el momento, devolviendo así, la memoria a las culturas.

El reto aquí de la filosofía es pues, el de devolver dignidad a las culturas olvidadas dando tiempo y espacio a las historias relegadas por la historia occidental, ayudar a quitar ese mal llamado velo de historia universal a lo que evidentemente no es más que una parte, una perspectiva; siendo demostrada en la transversalidad de la historicidad y la interculturalidad, pues entre las memorias culturales, su relación con el tiempo y el espacio, demuestra que hay mucho más que contar en relación con y hacia, dicha universalidad, “nos referimos, en otras palabras, a la vigencia de las memorias culturales con una experiencia cosmológica del tiempo” (Fornet - Betancourt, 2008, p. 18), es decir, que las memorias no pueden valorarse en términos cronológicos, pues si bien, muchas de ellas hacen parte de la cosmología, de momentos que no tienen un tiempo definido, mucho menos un tiempo lineal como el acostumbrado en la historia occidental. En palabras de Lévinas, lo que se espera es demostrar que hay otro modo de leer y vivir la historia y no como realidad alterna o desviaciones a la unicidad, sino como otras realidades, que son válidas en la construcción social.

El diálogo intercultural es, ciertamente, un diálogo entre historias, que se da además en el contexto de una historia dominante cargada de asimetrías; pero debe ser también un diálogo entre tiempos de culturas o, mejor dicho, entre culturas del tiempo que generan tiempo de otra forma y que son “de otro modo que historia” (Fornet- Betancourt, 2008, p.20).

Así, la filosofía debe buscarse espacios para trabajar entre la teoría y la praxis, dando vuelta a los otros tiempos en los que se dibujan otras historias y memorias que valen la pena ser rescatadas. A saber, la reducción del pluralismo no la ha realizado sólo la instauración de una única historia, si bien ha sido un gran agravante, pero no se debe olvidar los aspectos culturales y religiosos. Y aunque la filosofía intercultural toma dicho empobrecimiento del mundo, dado por la universalización de la historia, no se debe olvidar que este fenómeno ha sido así desde hace mucho tiempo. Es así, que tampoco se pretende fraccionar al mundo con localismos, pues nada se estaría ganando, si la idea es la búsqueda de un conocimiento global. Lo necesario aquí sería poder dar un vuelco y realizar una construcción nueva, que no sean remiendos o extensiones al logos occidental, si bien lo que se espera no es acabar con el universalismo. Es algo que debe tenerse claro, no se busca fraccionar o regionalizar, lo que se busca es la universalidad en la diferencia, en lo plural, pero siempre abierto al diálogo y a la construcción mutua.

Por esto, también es importante revisar la razón filosófica, puesto que está escrita bajo occidente y al igual que la universalidad, la idea no es acabar con ella, sino reestructurarla para que permita rescatar aquellas memorias olvidadas tales como las cosmogonías; esto no implica acabar ni con la razón, ni con la universalidad, esto invita a que los horizontes se expandan.

Aquí sería interesante traer a colación el concepto de cultura, sin embargo, sólo se dirá que dicho concepto se maneja de forma amplia y cambiante en la filosofía intercultural y que debe tenerse claro que es diferente a la filosofía de la cultura, ya que la primera se concentra específicamente en analizar cómo se puede convivir de forma solidaria en este mundo multiverso que se presenta en la cotidianidad, en el ahora. Por ello también no interesa acabar con la globalización, ni con los fenómenos sociopolíticos y económicos, sino lo que se busca es aprender a vivir de forma solidaria; para ello Fornet- Betancourt (2003, p. 412) dialoga acerca de algunos supuestos que deben tenerse presentes para la filosofía intercultural.

La cultura es uno de los puntos de partida que establece Fornet-Betancourt ya que desde allí se vinculan los diferentes aspectos en los cuales se desarrolla la humanidad. Los temas políticos, sociales y económicos distan precisamente de las relaciones culturales de cada grupo. Es por esta razón la importancia de entender que la cultura no puede evaluarse como un todo, como si fuese lo mismo, sólo por compartir ciertas características con la humanidad. En otras palabras, en la cultura están incluidos los seres humanos. No todas las culturas son iguales, pero sí son igualitarias ya que la gran mayoría de ellas comparte construcciones políticas y sociales, de las cuales se puede desprender la posibilidad de un diálogo mancomunado. Es decir, la cultura como término, es igual y abarca a quienes tienen sus características. Sin embargo, cada cultura es única y debe reconocerse en su individualidad,

La visión de la realidad de la cultura hegemónica en una determinada época, es decir, de la cultura que en ese momento ha ocupado la mayor porción de espacio y de tiempo del mundo; o bien serían discursos vacíos en los que únicamente resuena el eco de conceptualizaciones formales desvinculadas de toda “carga” de diferencia contextual. Esto quiere decir, en positivo, que para el desarrollo de una universalidad que no sea ni tautológica ni vacía es necesaria la pluralidad. Pero

ello significa, por su parte, que nos estamos refiriendo a una universalidad que crece por la inquietud contextual por saber qué se comparte con el otro o el extraño; que es inquietud por conocer y reconocer lo común que nos identifica como humanos más allá de la comunidad contextual que nos documenta como tales (Fornet-Betancourt, 2008, p. 26).

Así, lo importante es establecer el punto acerca de una universalidad con reconocimiento, aspecto fundamental en el desarrollo de políticas interculturales que demuestran un avance de las dinámicas actuales, atendiendo a las realidades de un mundo interconectado por la tecnología y la economía. Cabe resaltar la importancia de manejar adecuadamente el término universal, con el fin de no recaer en las viejas costumbres occidentales en las que la universalidad es vista como el cambio hacia lo homogéneo, rescatando así lo común y pretendiendo desaparecer aquello diferente, lo que se traduciría aquí en la pérdida de la identidad, de aquello contextual que es lo que le permite al ser humano ser dentro del mundo, el arraigo por lo suyo. Es a partir de eso que puede comenzar a escribir una historia de reconocimiento, de contextos que lo hacen universal.

El diálogo en la interculturalidad toma total importancia, pues desde allí se genera el intercambio de saberes y el conocimiento contextual. Es en este espacio en el que los preceptos de la filosofía intercultural toman validez pues se llevan a espacios reales con personas dispuestas a intercambiar saberes basados en sus modos de vida.

Y el método de esta crítica sería justamente el diálogo intercultural en el sentido de un intercambio, abierto y sin prejuicios, en el que, para decirlo con una expresión de Ignacio Ellacuría, “los lugares que dan verdad se reconocen” como contextos y tradiciones capaces de medir la medida de la razón y con ello también como horizontes que redimensionan la idea misma de la razón al proyectarla sobre el espejo del multiversum cultural (Fornet-Betancourt, 2008, p. 29).

De este modo, el término cultura con el que se maneja la filosofía intercultural trasciende al multiculturalismo, pues no se conforma con dar una organización a las culturas encontradas sino, por el contrario, lo que se busca es que interactúen y así coexistan, determinando así cambios útiles dentro de las culturas. Trasciende así también en el multiculturalismo en la idea de

mantenerlas alejadas para que no sufran ningún cambio, por el contrario, deben permearse (Fornet-Betancourt, 2008, p. 10), encontrando características que quizás antes no habían tomado en cuenta, des-cubriéndose en el otro. No se habla de generar cultural híbridas de la noche a la mañana, solo de evidenciar habilidades y facetas que no se conocían. Este tipo de movimientos entre la cultura genera una auto crítica lo que va a permitir un movimiento cultural que ayuda de manera directa a las relaciones interculturales y a las construcciones de una filosofía intercultural, basada en el respeto mutuo.

El primer supuesto, el cual ya se ha trabajado en líneas anteriores, conduce a que la filosofía existe porque hay prácticas culturales, con contexto e historia. La anterior afirmación extiende la mirada más allá de una filosofía nacida en Grecia, pues si bien aplica fundamentalmente a la humanidad en la cual haya desarrollo histórico, por lo cual (segundo supuesto) tiene la posibilidad de organizarse de diferentes modos, tiene distintas maneras de institucionalizarse y un ejemplo de ello es occidente.

El segundo supuesto del cual habla el autor es el de contextualizar la filosofía y el quehacer filosófico, lo cual permitirá reivindicar aquellos universos que se han pasado por alto, por la organización de la filosofía dada sólo por una parte del mundo; aquí la invitación es a que la filosofía se especifique (Fornet- Betancourt, 2003, p- 413-414). El tercer presupuesto tiene que ver con la universalidad en la filosofía visto desde filosofías contextuales, y no en sentido fragmentado. Siendo una filosofía contextual, no tiene por qué reñirse con una filosofía universal y no donde haya un dueño diciendo qué es universal y qué particular. Se necesita de un universo que se comunique,

Para la filosofía intercultural esta universalidad constituida tiene que ser criticada. Mas su crítica no cuestiona lo universal o la pretensión de universalidad que hay en ella. Lo que realmente se critica es su constitución en un orden con límites definidos y, por tanto, excluyentes (Fornet- Betancourt, 2003, p. 416)

Así que la idea de la universalización es que haya una comunicación entre los mundos y esto se hace a través de la traducción que se van haciendo-se las culturas. El último supuesto es

dejar claro que la filosofía intercultural no sospecha de la razón ni de la filosofía que normalmente se utiliza, sino por su carácter monocultural occidental. Es por esto por lo que se muestra la necesidad de hacer un cambio en esa concepción de filosofía occidental y monocultural, ya que, a pesar de los esfuerzos de ampliar su cobertura, no se generan más que sinsabores que no permiten una igualdad.

La interculturalidad atañe a la filosofía en la medida que implica el desarrollo del pensamiento a través del encuentro. Wimmer define filosofía como “un proyecto reflexivo que se caracteriza tanto por el contenido como por el método de sus orientaciones” (Wimmer, 2000, párrafo. 7). Con respecto al contenido se hace la diferencia en tres grandes problemáticas que se catalogan como los campos de acción de la filosofía que no son exclusivos, pero también atendiendo a que no ha todo podría llamársele filosofía. Un problema subyacente de esta forma de contenidos es que están catalogados sólo bajo la luz de la tradición occidental, es decir, son problemáticas nacidas desde los contextos occidentales, desplazando así la posibilidad de un diálogo con otras realidades, por lo que se propone reinventar la definición de filosofía, la cual dé cuenta de cada una de las culturas. A esto hay que prestarle especial atención ya que, si se tomase al pie de la letra la propuesta, se llegaría a una regionalización de la filosofía. Sin embargo, las implicaciones de traducción y entendimiento podrían recaer en una particularización que impediría el proceso de diálogo que se espera en este tipo de ejercicios.

Panikkar por su parte, propone que los términos se indiquen como diferentes, ya que al igual que Wimmer, se dirige a desplazar aquella definición abstracta de filosofía, que ha brindado occidente; pues, que la filosofía es una actividad meramente humana que pregunta por los fundamentos de sí mismo (Panikkar, 2000). Esta proposición va junto a que es una acción propia del hombre de hacer preguntas y preguntarse por la filosofía misma, la cual es innata en todos los seres humanos, por lo que no es necesario recaer en más discusiones acerca de sí todas las comunidades pueden filosofar. Es por lo anterior, que lo que atañe al hecho filosófico es el estudiar las preguntas.

Esto implica que el concepto de filosofía no puede estar sin más porque cada cultura tiene una posición diferente, un contexto desde el cual puede pararse. El problema surge realmente

cuando se busca equivalentes en traducciones vacías, que adjudican la definición de filosofía occidental en cualquier otra parte del mundo, lo que genera sólo buscar parecidos con el recorrido de occidente. Cabe advertir que los equivalentes no son traducciones. Por el contrario, a lo que invitan es a darle color y forma a cada palabra “(...) Podemos traducir, por ejemplo "religión" por "*dharma*", con tal que no traduzcamos sin más *dharma* por "religión". *Dharma* significa también deber, ética, elemento, observancia, fuerza, orden, virtud, ley, justicia, e incluso se ha traducido por realidad. Pero también "religión" puede significar *sampradaya*, *karma*, *jati*, *bhakti*, *mârqa*, *pûjâ*, *daivakarma*, *nimayaparam*, *punyaasila*, etc. (...)” (Panikkar, 2000, párrafo. 23).

Un segundo punto, es que a través de los equivalentes se puede construir un camino hacia la filosofía intercultural, pues permite dar una visión en doble dirección, lo que permite ver la visión de dos mundos y de dos interpretaciones que se encuentran en la posibilidad de una construcción bipartida de un mundo compartido. De lo anterior, es que se puede comenzar a construir un camino sobre seguro de la filosofía intercultural, ya que permite la búsqueda de una vía media, la cual sigue siendo aún muy débil. En algún momento puede recaerse en universalizaciones o en diálogos que conlleven a mal interpretar lo que se quiere decir. Dicho de otro modo, es importante dar por hecho que las problemáticas son compartidas y por lo tal que puede llegar a haber una vía de diálogo neutro.

A partir del recorrido sobre la importancia de generar una nueva definición de filosofía, Panikkar explica que, “Filosofía podría entenderse como aquella actividad por la que el hombre participa conscientemente y de forma más o menos crítica en el descubrimiento de la realidad y se orienta en ella.” (Panikkar, 2000, párrafo. 30). En el quehacer filosófico tiene que haber un gran campo para la praxis ya que se está hablando de actividad, no de mera teoría. Es un quehacer del hombre por eso se hace expresa mención a él y, por último, la participación de cada cual se hace en términos de pasividad pues la intencionalidad es de reconocimiento más que de conocimiento. Por ende, no se habla siempre en términos de razón, ya que la conciencia juega un papel importante debido a que no en todas las culturas se habla de razón como el máximo dirigente y, por otro lado, es un encuentro con la crítica que se constituye en un ejercicio intelectual y en un auto cuestionamiento de reflexión e introspección (Fornet-Betancourt, 2008).

Es importante dar un giro a la filosofía con la finalidad de generar un ambiente óptimo para el desarrollo intercultural. Es así como la tarea del filósofo es equilibrar razón y sentimiento, contexto y puntos medios que en realidad posibiliten el encuentro de dos culturas. De este modo, el concepto de cultura ha comenzado a verse preciso tras nuevas concepciones. Por ejemplo, la cuestión de una cultura global que indica la apertura a cualquier hecho cultural. Sin embargo, se evidencia que son las ideas occidentales las que continúan perpetuando los universales en los modos de vivir, pensar y sentir “(...) en el surgimiento de esa cultura global sólo vemos la ampliación y continuación de la cultura occidental, mediante una gradual superación de todas las especificidades de otras culturas, o si la vemos surgir de la convergencia y el encuentro de muchas tradiciones”. (Wimmer, 2000, párrafo. 8) se insiste en la desarticulación del pensamiento occidental, para realizar nuevas formas de hacer y reflexionar filosóficamente, dejando que el encuentro con el otro permee sin la necesidad de difuminar cada uno su cultura.

Wimmer desglosa el concepto de cultura, puntualizando que es el camino por el cual un hombre adopta ciertas creencias, reglas y pensamientos que moldean su vida sin que sea meramente mecánico y estático puesto que, al interactuar con otras culturas, la suya va cambiando. La caracteriza a modo de universal interno; es universal en tanto que lo comparte un grupo de personas e interno ya que sólo es en ellos que las reglas y sus pensamientos son válidos, “creata” y “quae creat”. La primera hace referencia al aspecto de lo dado y la segunda indica el actuar de la cultura bajo la influencia y la creación, lo cual respalda su dinamismo. Siguiendo en la línea de la filosofía y la tarea que tiene ésta en la cultura, es la de mirar entre la diversidad de culturas cuáles son un patrón y son útiles para resolver problemáticas acerca del conocimiento y del ser humano. Es por esto por lo que la influencia de la filosofía en la cultura brinda espacios de reflexión frente al estudio de sus posibilidades de mejorar a partir de la crítica y la evaluación.

Es por lo anterior que se habla de culturas, en plural, pues son dinámicas y permiten el desenvolvimiento libre de quienes la construyen. Las culturas no deben tener estándares o comparaciones entre sí, son mundos que conviven, no expresiones de verdad, vistas desde el modo racional, hegemónico y dominante.

En este sentido, el término filosofía intercultural, se ha ido popularizando en las últimas décadas, gracias a su uso dentro de las diferentes formas de estudiar y reflexionar la diversidad de pueblos o comunidades en un mismo espacio. Así mismo, de la importancia que se da a la identidad; está última vista como resistencia, ya que, es una vía de singularidad la cual debe ser transmitido. Lo auténtico en una comunidad es la realización de sus proyectos comunales a su realidad (Villoro, 1998). La interculturalidad se refiere a la interacción y el encuentro específico entre culturas. Cabe señalar que el punto a resaltar aquí es la “interacción” ya que no es simplemente un convivir (Hernández-Reyna, 2007, 437), por lo que sus implicaciones deben permear a la comunidad misma, debe haber un cambio entre los pensamientos de quienes se encuentran en un mismo espacio. De este punto, se esperaría que las diferentes comunidades que están a un lado y otro de la problemática, realizaran una reflexión en torno a su papel dentro de la conformación de nueva sociedad en las que “el convivir” represente la dignificación de cada una de sus tradiciones.

En términos de justicia, se hablaría de una comprensión por el otro, de un punto medio que permita a las personas entenderse en el otro sin perder su espíritu (Giménez, 2003, p. 3). Es decir, la interculturalidad es una opción por medio de la cual los grupos culturales entablan relaciones que le aporten a su pensamiento cultural sin perder los fundamentos mismos que los hacen ellos.

Es la interacción entre saber cuál es la esencia que lo hace propio a cierto grupo, en el cual se identifica con sus tradiciones, comportamientos e inclusive creencias y la posibilidad de identificar en el otro los mismo valores, sabiendo las diferencias, porque son grupos con cargas culturales con distintos procesos; sin embargo, en estos encuentros puede verse en la diferencia hay similitud y es desde ese punto en el que se habla de una relación constructiva y de fortalecimiento frente a lo que se es, en miras a lo desconocido. Esto podría ser un primer paso para un verdadero reconocimiento, En el que se tenga la posibilidad de saber que hay otros mundos y modos de vida que comparten espacios y que en conjunto puedes construir un lugar basado en el respeto, la igualdad y la justicia.

La posibilidad de la Filosofía intercultural

Pensar en encontrarse dentro de las tradiciones con más de una filosofía, abre las posibilidades de reconocimiento y de variedad. La filosofía no es una actividad súper humana, está arraigada a un espacio y un tiempo que generan y dan respuesta a las problemáticas allí surgidas. La filosofía tiene las raíces en cada uno de los lugares donde los seres humanos piensan; por esta razón es imposible desligarla de su contexto, de su espacio vital, pues es de allí que nace. No se puede pensar en la filosofía como fenómeno ahistórico, es el hombre quien le da rostro y es la filosofía dada al hombre como el hombre a la filosofía. Así, la filosofía, el hombre y las circunstancias históricas generan una verdadera filosofía, que está dispuesta a la resolución de problemáticas que tienen rostros verdaderos (Santo, 2010, p. 135).

Teniendo en claro que son muchas las filosofías que se pueden encontrar, el siguiente paso será ponerlas en un diálogo, ya que de nada serviría tener a disposición el conocimientos y reflexión de diferentes culturas si cada una de ellas sigue concentrada en su espacio y no permite ni se permite un reconocimiento de otro pensamiento. A partir de esto, se ve la necesidad de crear espacios de diálogo y encuentro con el otro, espacios que deberían ser utilizados para el libre intercambio de conocimiento y reconocimiento de culturas, que, entre otras cosas, ayudan a construir un mundo equilibrado en el sentido que se distorsionan los presupuestos de universalidad y unicidad en temas donde pueden existir tantas reflexiones como culturas.

Bajo esta iniciativa, que por demás es un gran paso hacia la reconciliación con aquellas culturas que nunca han sido escuchadas, aparece el que se ha constituido como el gran obstáculo para el diálogo mismo, y este tiene que ver con las normas por medio de las cuales se va a regir el diálogo. ¿Por qué normas o reglamentos para el diálogo?, la pregunta se puede tornar incitante a la diferencia, pero es pertinente en la medida que crear un diálogo entre culturas no puede ser un proyecto ingenuo ya que las expectativas son altas y que esto llevaría a que sólo se sentaran a escucharse sin que realmente exista una apropiación y reconocimiento por el otro. Establecer un diálogo sin asegurarse de unos mínimos de convivencia no da vía a una construcción real de interculturalidad; de igual manera, si al darse el diálogo ninguna se escucha ya que su intención es sólo convencer o destruir la cultura que tiene en frente.

No des por bien fundamentada una tesis filosófica en cuyo surgimiento sólo haya participado gente de una única tradición cultural (...) busca siempre en lo posible “recubrimientos” transculturales de conceptos filosóficos, pues es probable que tesis bien fundamentadas hayan sido desarrolladas en más de una tradición cultural” (Wimmer, 2010, párrafo 22).

Dadas así las circunstancias, es importante generar normas para el diálogo que sean de común acuerdo para que haya una participación absoluta desde el inicio, por parte de las dos culturas y para así, ir acabando con la imposición de una cultura a otra, evitar un ser dominante que imparta como ley, las normas para el diálogo harán de este algo armonioso. Sin embargo, el diálogo intercultural se convierte en la incertidumbre que abre la posibilidad de un encuentro entre culturas, ya que el sólo hecho de sentarse a buscar normas, supone un diálogo que se va a realizar sin reglas, son estas las que lo van a motivar. Es incierto en la medida que puede mostrar las verdaderas intenciones de los que dialogan, dejando así en la más cruda realidad aquella idea armoniosa de crear un diálogo donde todos participen y reflexionen frente a las diversas perspectivas de un mismo tema. De esta manera el diálogo, si no está bien encaminado terminaría en el detonante para que ninguna de las culturas se escuche, por ello debe hacerlo de manera libre y dispuesta.

El diálogo no puede ser obligado. Por el contrario, se debe llegar a él por medio de la convicción acerca de su necesidad y sus ventajas. Esto no va a eliminar las actitudes propias del diálogo, las cuales pueden desentrañar en discusiones un tanto acaloradas, ya que poner en discusión lo que se es, no es fácil, significa exponerse a otro que no conoce o que ha sido el dominante. Así, el llamado es a la disposición del diálogo, a planear la mejor ruta de encuentro y que a pesar de los posibles mal entendidos que surjan, siempre mantener la apertura al diálogo. También se puede pensar que este tipo de cosas se evitarían si se tomará una posición pasiva o neutra, lo cual es falso ya que, al no intervenir y simplemente escuchar al otro, no se construye reconocimiento ni interpelación. El ejercicio quedaría en un soliloquio casi que mediático en el que una parte habla y la otra escucha sin intercambio de pensamientos por miedo a la discusión.

La interculturalidad es una nueva mirada a la filosofía, lo cual tiene como finalidad brindar espacios del desarrollo en el pensamiento, espacios que son alternativos y que permiten que a cada interrogante se le encuentren distintas interpretaciones y, por ende, diferentes posibilidades de resolución, a través de una postura en la que nadie se crea dueño de nada. La filosofía da las herramientas suficientes para que esto se dé, pues la cultura le proporciona un lenguaje para que formule sus intuiciones. Por su parte, ella tiene que cuestionar y cuestionarse desde y para su cultura y así haciendo una acción revolucionaria y transformadora. Esto se da mientras hay encuentro, pero el encuentro valioso no se da en ese tiempo real sino posteriormente.

Con el auge que ha tenido la filosofía intercultural, se ha dado pie a que diferentes disciplinas quieran intervenir en las problemáticas que se dan permitiendo dar solución o por lo menos nuevas visiones, Panikkar identifica dos esencialmente, la interculturalización y la interdisciplinaridad. Esta última, pretende traspasar los límites de las disciplinas aprovechando lo que brinda cada una. Por lo pronto, esto es lo que se ha avanzado, que cada cultura es un mundo, pero no un mundo alejado y que por el contrario la interculturalización es algo inherente, natural que se encuentra antes que la razón y la voluntad. Aún falta por establecer una instancia objetiva por fuera de las culturas para entrar en un diálogo neutro.

Por último, las tareas de la filosofía intercultural se establecen en cuatro características, las cuales posibilitan un estudio de las culturas más denso y profundo, garantizando así, una reflexión en torno al reconocimiento y la construcción de proyectos que realmente permitan romper con estereotipos universalistas. Tales tareas están en analizar, criticar, fomentar y consistir, cada uno de los procesos que se inicien. Así se dará paso a aquellas tradiciones que han sido oscurecidas por la pretensión de universalidad de otras que las han ido relegando al pasar el tiempo. Lo importante aquí es darle cabida a cada una de las culturas, cada una de ellas es valiosa y permitirá dar avances dentro de la filosofía intercultural, pues como ya se dijo líneas arriba, se tendrá un abanico de lecturas de un problema, lo cual llevará a una reflexión y a un análisis más profundo.

Si bien el tema del diálogo intercultural llama a salir de la zona de tranquilidad para enfrentarse a creencias y reflexiones que pueden llegar a incomodar la tradición cultural de cada uno, sin embargo, es un reto que hay que asumir con la finalidad de construir un mundo en el que

el dominador y el dominado ya no son relaciones sociales ni de construcción de conocimiento. Por el contrario, que se unen en un diálogo que permite afianzar su identidad y la construcción de un mundo de diversas visiones en las que se pueden encontrar y discutir siempre con la mirada puesta en el mejoramiento en la búsqueda del conocimiento.

Esta imagen del dominador absoluto y universal se borra cuando se escuchan las demás culturas, cuando haya un espacio de reconocimiento y de voz que permita que el otro participe, cuestione y fortalezca su cultura. Pues si seguimos pensando en que la única forma de conocer es a través de la imitación y de las formas hegemónicas de los saberes, se continuará en el juego de víctima y victimario que en últimas se convierte en una zona de seguridad, ya que al no haber interpelación las verdades se siguen creyendo así no tengan un sustento firme para seguir las tomando como creencias firmes.

Con los cambios que se han dado en la concepción de filosofía, se ha abierto espacio a nuevas concepciones, permitiendo expandir horizontes a su estudio y reconociendo que la filosofía ha trascendido más allá de los límites de Europa y se ha establecido con una nueva mirada. Se ha admitido que el ejercicio de ésta se da desde hace mucho tiempo también en otros contextos. Por lo anterior, que se escucha hablar de una filosofía regional, entregada a temas que, aunque han podido ser universales tienen su perspectiva desde cada cultura, en donde lo principal es apostarle a una filosofía que aporte a algo original, propia de las problemáticas cotidianas que acontecen y rechazando un poco los problemas, pensamientos y perspectivas heredadas de Europa.

Fornet-Betancourt centra su crítica frente a la realidad, al asumir una “teoría de la dependencia” como confrontación directa al contexto; planteando a su vez una serie de categorías (centro-periferia, dominación-liberación) que, si bien son parte de lo latinoamericano, no da cuenta del total de realidades globales que también deben ser escuchadas desde el contexto propio para lograr un diálogo intercultural.

Para Fornet-Betancourt, las categorías planteadas desde algunos sectores de la filosofía latinoamericana, al no poder dar cuenta de una realidad total, se acomoda al contexto único latinoamericano; sin darse cuenta de que lo que se hace con este tipo de discursos es totalizar la

idea, que en sus inicios era dominada, convirtiéndose esta misma en dominadora e impositiva al determinarse como discurso único. Sin embargo, su propuesta no queda anclada en la crítica inmovilizante, sino que apalanca una posible propuesta que permita dinamizar la experiencia de la Filosofía Latinoamericana, al referir la necesidad de diálogo intercultural, como parte del reconocimiento de la diferencia, y ello implica asumir que el diálogo no se da en abstracto, se da entre sujetos que hacen parte de una cultura y desde allí se referencian para hacer participante con el otro. Es decir, el diálogo se construye a partir del reconocimiento y el respeto; es en sí mismo un acontecimiento humanizador entre diferentes.

Al encontrar puntos comunes dentro del proceso liberador cultural, se establece una filosofía que no solamente da respuesta a las necesidades locales, sino que estructura un modo de pensamiento general articulado desde las regiones que se encuentran bajo las mismas circunstancias de dominación, entendiendo lo dialógico en términos de revaloración cultural que supera posturas locales autosuficientes. A partir de estos supuestos, se puede pensar en las posibilidades reales de construcción, fortalecimiento y resignificación comunitaristas de vida cotidiana, que constituyan procesos identitarios hacia dentro, desde los cuales se establecen vínculos hacia afuera que implementan relaciones interculturales con otras comunidades o sectores sociales, junto con las cuales se pueden llegar a vislumbrar propuestas de acciones políticas colectivas.

La perspectiva intercultural como propuesta de acción filosófica-política es importante en el sentido que permite trascender el ámbito de lo multicultural y poner sobre el tapete las nuevas condiciones de relaciones interculturales igualitarias. Desde un posicionamiento político, la interculturalidad establece que el problema de la convivencia, el respeto, la solidaridad, la diversidad no son problemas que atañen exclusivamente a los indios, a los negros o a los campesinos, sino que estos son problemas que involucran a todos los sectores sociales que hacen parte del hemisferio.

Fornet-Betancourt propone dar un giro metodológico, donde sea posible escuchar los sujetos propios de este cambio, es decir, al indígena y al afroamericano, en su historia, en su caminar. Con esto, se debe dejar de lado la interpretación de estos para escucharlos como

intérpretes, para integrar una cultura desde su pluralidad. Plantear el giro en torno a que ya no son los externos los que enunciarán palabras sobre ellos, sino que por el contrario son ellos los que abren su mundo y hablan desde él, integrándolos a los otros sujetos.

La filosofía intercultural sigue en diálogo cotidiano con el contexto para poder lograr pluralidad, que escuche la diversidad cultural del ser humano en medio del cambio mundial; posicionándose como una teoría de la convivencia solidaria al reconocer y respetar la pluralidad de culturas y entendiendo la universalidad como un saber compartir realidades y poderlas transformar sin perder aquello que a cada una le es propio (Fornet-Betancourt, 2004).

Plantear un diálogo intercultural, analizando y estudiando en el contexto de cada cultura, buscando una simetría en los objetivos para alcanzar un verdadero diálogo, que lleve al establecimiento de fines filosóficos comunes a todos, sin adjudicarlo a ninguna cultura para enfrentar el discurso dominante, deshumanizador y totalizador. Esto supone asumir un cambio en el modo de pensar en el sujeto latinoamericano, es necesario repensar para poder entrar en diálogo con el indígena, así como con el europeo; –compartir con el otro- para poder pasar del relativismo cultural, al relacionismo de lo cultural. –lo que el autor llama pensar respectivo.

El pensar respectivo propuesto por Fornet-Betancourt, supone desde lo más profundo una transformación –transfiguración- de la filosofía, en donde ya sea la imposición del logos, de la palabra eurocéntrica la única que sea escuchada en la universalidad. Esta idea pretende un caminar común en pleno reconocimiento, un transitar hacia el quehacer de la filosofía intercultural. (Fornet-Betancourt, 1994).

La propuesta de Fornet-Betancourt es vista en tanto posibilidad de transformación de la filosofía latinoamericana en un contexto real globalizado, el cual se define como la única realidad imperante para la totalidad de las culturas, desconociendo diversas formas de ser, hacer y pensar que coexisten en contemporaneidad. En el intenso trasegar sobre las posibilidades que da la filosofía latinoamericana y sus necesarias transformaciones como respuesta a la globalización política, económica y cultural, se hace urgente seguir adelantando la exposición de las diferentes

opciones que se enmarcan en las posibilidades de un pensamiento que rompa con los saberes hegemónicos dominados por teorías totalizadoras.

Si bien es cierto que las políticas económicas neoliberales se han asumido acríticamente como única posibilidad al desarrollo de las naciones, reduciendo todo a las leyes del mercado y del consumo, lo es también que los discursos políticos y culturales que sustentan este actuar totalizador, hacen parte de la misma propuesta, es decir son la contracara que complementa el proceso de globalización. Los caminos propuestos son proyectos en continua construcción, es por medio del diálogo y del reconocimiento del otro, que se podrá llegar a plantear una filosofía intercultural; sin desconocer lo que se era y lo sé es; sin entrar en apasionamientos desproporcionados en donde al negar lo occidental se negaría el presente latinoamericano como si en algún momento se olvidaran las raíces indígenas y afroamericanas que también suceden la historia de esta parte del continente.

Es de esta manera que un aspecto beligerante en el desarrollo de la interculturalidad es lo contextual o mejor, la importancia de hablar desde un contexto, ya que es este el punto de partida para el desarrollo y conocimiento de nuevas visiones, pues la idea es aprender a mirar desde la ventana del vecino, sin la necesidad de olvidar la ventana propia.

Para comenzar con una reconstrucción para el desarrollo de un programa intercultural, lo primero que se debe hacer es comprender históricamente a América como un espacio de múltiples culturas, para hablar de una propuesta de interculturalidad. Es decir, no se puede continuar pensando a América Latina como un espacio que se pinta de un solo color y que a partir de ello se hable en una sola dirección, asumiendo que las problemáticas son iguales, sus pensamientos e inquietudes no discriminan historia, “Es más bien complejo mosaico de muchos pueblos y del comercio de otras tantas tradiciones. Por eso se impone un movimiento de aprendizaje que nos permita descubrir realmente la realidad americana en su originaria pluralidad” (Fornet- Betancourt, 1994, p.34).

Lo anterior significa el llamado a establecer el primer punto para el desarrollo de un proyecto intercultural. Y es que, para poder entrar a las dinámicas propias de un reconocimiento

entre culturas, debe haber un conocimiento desde el cual se habla; no sólo se puede demandar reconocimiento por los entes homogeneizadores, sino que para que se haga realidad, es necesario dedicar un tiempo al autorreconocimiento, a la valoración real de la historia que ha generado la América Latina de la actualidad.

Es brindarse la oportunidad de entender la profundidad que tiene la interculturalidad en el ámbito latinoamericano, pues si bien ante la demanda del reconocimiento, no se ha sido muy justo en la mirada con la que se ha proyectado desde el lugar mismo, ya que se ha revisado en clave monocultural, desconociendo así, desde el interior de la demanda, lo que se le reclama a externos, un reconocimiento por la pluralidad; legado dejado por los estudios europeos, de esta manera, desconociendo los estudios que autores latinoamericanos han hecho sobre la imagen de su pueblo. No hay por qué desconocer las líneas interculturales, por el contrario, se puede generar desde ese aspecto, avances para el desarrollo de una filosofía intercultural que realmente sea integradora, pues lo que se espera es una construcción que tenga de base el contexto; es el llamado a una construcción real, independiente de imaginarios, presupuestos y predisposiciones, es la necesidad de mostrarse como es, perdiendo así el miedo al rechazo.

El programa de formular un filosofar intercultural desde la experiencia iberoamericana no debe tomar su punto de arranque para una realización efectiva con el intento de sistematizar una tesis teórica, sino que tiene que aplicarse primero al trabajo historiográfico de reconstrucción crítica de nuestra tradición de pensamiento como tradición pluralista con muchos rostros (Fornet-Betancourt, 1994, p. 43).

De este modo se genera un punto de inicio, el cual aplica como quebrar a lo que se está acostumbrado a pensarse y la invitación queda en ponerse a la tarea de reorganizar y reconstruir la historia para generar una propuesta que parte de la pluralidad de los pueblos americanos, exaltando la diferencia y las distintas posturas que pintan la tradición en el pensamiento. Si se realiza un trabajo minucioso partiendo de esta idea, se podrá generar críticamente una postura distinta a la ya enmarcada por la construcción histórica hecha por Europa, esa línea que siempre ha sido ajena a las circunstancias de Latinoamérica, esa postura que ignora y margina las múltiples voces que desde aquí piden ser escuchadas.

La idea de generar la reconstrucción desde un punto focal es demostrar que, desde este punto geográfico, también se puede generar pensamiento crítico y contextualizado y que realmente no se necesita de una enmarcación extranjera que dibuje un panorama. Por el contrario, que sea desde el lugar mismo que se pueda generar una autoimagen capaz de demostrar cada uno de los matices propios del territorio y de esa manera que pueda generar propuestas que soporten las críticas, pero no partiendo de una revisión simplista de lo ya dicho, sino de escudriñar sobre lo olvidado, de reinventar la historia de Latinoamérica, escuchando las voces que han sido silenciadas pero que por su tradición, son de gran peso para el desarrollo de una identidad con múltiples perspectivas.

Esta imagen múltiple permite la reconstrucción a partir de la búsqueda de información en terrenos poco investigados como las tradiciones indígenas que aún viven, la oralidad, la música; espacios de sabiduría que no han sido tomados como referencias de peso en la reconstrucción de la historia realizada por occidente. La decisión de comenzar con este proyecto adquiere una gran profundidad ante el reconocimiento, en la medida en que se escucha al que sabe, no sólo al que interpreta, que si bien, es la dinámica que se ha venido realizando en las relaciones eurocéntricas y es que se da por verdadero la mera interpretación hecha por ellos, negando la posibilidad de hablar desde la experiencia, la tradición desde el ser mismo latinoamericano.

Ahora bien, el segundo paso para proponer un desarrollo intercultural pleno es lo que Fornet-Betancourt establece como reaprender a pensar, “el desarrollo de un modelo de filosofía intercultural debe acompañarse necesariamente con un cambio de rumbo en la filosofía y, más particularmente, con una revisión de nuestros hábitos de pensar” (Fornet-Betancourt, 1994, p. 8). Re-pensar es estar en constante construcción, es no dar la tarea por hecha, por el contrario, es recabar en cada una de las voces que ayuden a la transformación del pensamiento desde la vivencia y la sabiduría de cada uno de los pueblos, los cuales son muestra viva de pluralidad y la justificación propia del desarrollo de una interculturalidad. Sin embargo, hay que tener cuidado al momento de hacer uso de los pensamientos, pues la idea no es generar instrumentos para la autorrealización de las ideas, no debe ser vista con objetivos de integrar o asimilar los

pensamientos en uno sólo ya que, así sea hecho desde Latinoamérica, se seguiría pensando en términos monoculturales, recayendo en una postural universal y absolutista.

Si se establece un re-pensar desde los aspectos antes descritos se abona camino para una experiencia intercultural, que realmente construya una experiencia común. Re-pensar es comprender al otro en igualdad de condiciones, que le permita un espacio seguro, donde lo importante sea el reconocimiento mutuo sin ninguna intención colonizadora ni asimilista, indica así que no interesa un relativismo entre las culturas sino un relacionismo “Pensar y conocer serían, pues, un proceso continuo de nacimiento común o de co-nacimiento con el otro sujeto. Y de ahí, además, que el pensar respectivo quiera y deba ser pensar constituyente de nuevos campos de realidad, de realidad convivencial” (Fornet- Betancourt, 1994, p. 56-57). Se insiste en que no es un trasgredir la cultura misma sino un conocimiento que me permita complementarse en una doble dirección.

El re-pensarse es así, la plena posibilidad que las comunidades se formen en la diferencia y que a su vez fomenta el diálogo, el escuchar las voces que traen consigo tradición y sabiduría; es complementar lo que se ha forjado con la historia, no es negar lo que se ha sido a partir del encuentro con Europa, tampoco es uniformizar las múltiples voces, es simplemente dejarse interpelar por los otros. Esto sólo se puede aprovechar si se realiza un análisis minucioso de lo que ha conformado a Latinoamérica y si es el caso, sería importante dejar de lado el legado occidental para brindar preocupación a lo propio “Este privilegiar el “rostro occidental”, la cara “latina” del continente, ha llevado lógicamente al descuido e incluso olvido y marginalización de otras voces, como son las tradiciones indígenas o las afroamericanas” (Fornet-Betancourt, 2007, p. 24).

La invitación queda a la posibilidad de desnormalizar la razón de manera tal que las culturas integren un espacio basado en la equidad y el equilibrio; de allí que los conocimientos que surjan irán más allá de saber de las otras culturas, pues si bien la movilización de la cultura misma está en hacer más grandes sus raíces en el paso del saber, pero también en la construcción de nuevas tradiciones que permiten reforzar lo que hay y también aprender a responder en el mundo y sus cambios.

Es claro que lo importante es ayudar a que los pueblos y minorías no queden aislados de los otros, si bien, esto no es el eje principal del modelo intercultural, por el contrario, es la apertura a cada una de las visiones de mundo desplazando así la imposición de una única razón. El reto de la interculturalidad no es fácil, pero es el camino más transparente para fortalecer verdaderas correlaciones entre los diferentes grupos que se encuentran en un espacio geográfico.

Aquí no se habla únicamente de políticas que persuadan la interacción con otras personas, o legislaciones que obliguen a contratar en empresas, a personas con orientaciones sexuales diferentes o a mujeres, o indígenas. Se habla de la posibilidad de una real apertura a la construcción de sociedades basadas en el reconocimiento a la diversidad y a la posibilidad de encontrarse con otra persona que puede aportar sus conocimientos y perspectivas de vida, al bien común y al crecimiento personal e identitario de cada uno.

Capítulo III

Lectura política del proyecto de filosofía intercultural de Raúl Fornet-Betancourt

La crítica al colonialismo, a la herencia colonial, es, pues, crítica de esa hermenéutica de la dominación interiorizada que nos ha llevado a comprendernos no solamente desde la imagen que de nosotros han presentado (barbaros, paganos, subdesarrollados), sino además a preferir la imitación y ver en ella la única alternativa viable para acceder a la humanidad tan ansiada como negada. (Raúl Fornet-Betancourt)

Las ideas de Fornet-Betancourt develan las intenciones de proyectos políticos interesados simplemente en la atención a un pueblo homogéneo, elemental que no le sugiera inconvenientes a sus razones últimas, es decir, a sociedades que se atengan a los modos de vivir y a estructuras políticas y económicas únicas, que no volteen a mirar la diversidad, pues el afán está en poder ver todo del mismo color.

Ni el multiculturalismo, que con su propuesta intenta dar cabida a los pueblos inmigrantes y minorías se escapa del sensacionalismo del capitalismo. Son posturas muy inocentes para creer que en verdad ayuda a los diferentes grupos, porque el resultado es el seguimiento a las intencionalidades que desde un principio se esbozan en la maquinaria neoliberal.

En este capítulo, se realizará una reflexión partiendo desde la presentación del Raúl Fornet-Betancourt y su lectura en el plano político desde su proyecto de filosofía intercultural, con el fin de especificar puntos clave que permitan evidenciar la viabilidad de éste en la organización de las multiplicidades del sentir y el pensar. Así mismo, la exaltación de la diversidad dentro de los procesos políticos de reconstrucción y construcción de humanidades dentro del capitalismo, con el fin de promover el cambio de pensamientos colonizados y el impulso de nuevas formas de vida digna para los grupos culturales.

En el camino de la filosofía intercultural se aporta en la esfera política, ya que, abre la posibilidad a otros razonamientos, permitiendo la transformación de una única razón a distintas razones, que generan la esperanza de diálogo y consenso en universos concretos. Puliendo así, la

mirada que se tiene acerca de copiar modelos extranjeros sin conocer su trasfondo o de intentar continuar con los modos de vida creyendo que nada sucede. En específico, se genera la incompreensión e invisibiliza lo que sucede, formando burbujas que distorsionan la realidad.

Esta última situación, es la que abunda alrededor de los países que tienen grandes flujos de migración, pues, es más fácil “mirar a otro lado” que empoderarse de cambios verdaderos, cambios que demuestran que son posibles bajo el postulado de la filosofía intercultural; es cambiar la idea de una razón dictadora y permitir caminos de racionalidades. Es sólo partiendo de la realidad que se le puede dar solución a los malos tratos hacia inmigrantes y minorías, porque es en la cotidianidad donde se vulneran los derechos y se concentran las necesidades que se tienen respecto al libre desarrollo de la identidad,

La filosofía intercultural propone rehacer la historia de la razón (filosófica) desde la relectura de esos procesos y de esas prácticas contextuales porque entiende que son el lugar donde se van cristalizando los modos en que el género humano aprende a dar razón de su situación en un universo concreto (dimensión contextual) y a razonar, con las razones de los otros, sobre lo que mejor conviene a todos para realizar en todos los contextos la humanidad de todos (dimensión universalizante) (Fornet- Betancourt, 2003, p. 418).

Ahora bien, la globalización como medio de coacción para el proyecto de la filosofía intercultural inicia con el concepto de barbarie porque se demarca que es de ese estado del cual las diferentes culturas deben salir para construir un camino hacia la civilización que no es más que la mera imitación de occidente.

De este modo, el término de barbarie se les adjudica a los pueblos americanos que aún están conformados por tribus indígenas, por ejemplo, donde la salida para escapar de ese estado es la pérdida total de las raíces, es decir, el despojamiento de su identidad primera, junto con sus costumbres, formas de gobierno y en general, modos de vida; todo esto, con el objetivo de buscarse un lugar en el nuevo mundo. Fornet-Betancourt explica como estos dos momentos no son precedentes uno del otro, sino que son contemporáneos y se están viviendo de manera simultánea

en la actualidad. La civilización lleva a la negación de la identidad local, exigiendo el cambio de estilos de vida por estereotipos propios de los procesos de la globalización y el mercado capitalista.

José Martí ya había anticipado de una civilización que vendría a robar la identidad, haciendo perder a los pueblos de América. Él habla de una protesta que vaya en contra de ese camino de civilización unificadora, en el que la realidad y la naturalidad de América no se vean exterminada. Este camino debe evitar la unificación, abriendo las puertas a la diversidad. Esta actitud pretendería responder que el estado de barbarie no es más sino la propia identidad de los pueblos y que no es ningún atraso respecto a occidente porque en la barbarie se puede dar la construcción y articulación de un reconocimiento intercultural (Fornet-Betancourt, 2000, párrafo 6).

Ahora bien, inspirado en las palabras de José Martí, Fornet-Betancourt hace un cambio drástico al uso de la cultura dentro del diálogo y la filosofía intercultural, puesto que no hace referencia a este término como eje fundamental en el desarrollo de la filosofía intercultural, porque se sobreentiende la necesidad del cultivo de las culturas para la propuesta y para superar específicamente el concepto de barbarie bajo la mirada propio del contexto latinoamericano.

Las culturas, pues, no son la solución, pero sí el camino para alcanzar soluciones viables y universalizables. Por ello planteo el recurso a la diversidad cultural como propuesta de respuesta ante el desafío planetario de la "Barbarie" en nuestra "Civilización" (Fornet-Betancourt, 2000, párrafo. 11).

Es decir, que la cultura se ubica no como la solución definitiva que ya en variadas ocasiones se había pensado hacer, sino que va a servir como elemento importante para la realización del proyecto de filosofía intercultural. Ahora bien, se entiende que cada cultura constituye un mundo con unas dinámicas particulares dentro de la política, la religión y la sociedad.

A partir de esto, se considera pertinente mantener estas diferencias en los ámbitos propios de los seres humanos porque de igual manera van a confluir en cada una de las culturas, lo cual

permitirá cierta organización de aspectos en común. Valiéndose de el concepto de igualdad, se va conformando un respeto por el otro que mantiene la unión en la variedad y la exaltación de los grupos porque en ellas se ve una reserva de humanidad garantizando la libertad de cada ser humano.

Entonces, esa reserva apunta más a una cuestión ética, ya que en este campo también participa la política, de la cual todos los seres humanos pueden disponer. La cultura es básica pero no puede ser ni estática ni única, es un punto de apoyo para la identidad que no está dirigida o cohibida porque construye de manera individual y colectiva entre las libertades del ser humano. De esta manera se constituye una cultura de origen, que se mantiene como lo histórico original sin eliminar su ser cambiante y transformador del entorno conformando, principios y reglas.

La herencia es la que permite establecer las relaciones sin impedir que cada ser humano siga su camino. Hay que tener presente que la herencia y la cultura no pueden ser vistas únicamente de forma colectiva, sino que el individuo y la individualidad, toman participación crucial dentro de estas estructuras. Se conjugan la cultura, la razón y la praxis del hombre, lo que permite una redefinición constante de su ser propio, su entorno y el impacto hacia el exterior ya no sólo de su individualidad sino de su herencia.

De este modo, el autor desecha la idea de una exclusiva y universal cultura occidental, aceptando que América sí está en un estado de barbarie, pero que este se da es por la falta de la exaltación de la diversidad cultural. Sólo cuando los pueblos americanos se den cuenta de su importancia, se podrá generar un verdadero proceso de civilización que integre a las culturas en igualdad sin la necesidad de un modelo dominador y exterminador como el presentado por occidente.

Globalización: la contraparte a lugares diversos

El proyecto enmarcado a partir de lo estudiado desde lo contextual, desde un conocimiento y reconocimiento de la diversidad y del valor que la tradición tiene en la construcción de una identidad latinoamericana, pone en tela de juicio muchos de las acciones que como

latinoamericanos se han ejercido, en una parte por el deseo caprichosos de parecerse al estereotipo y otro tanto por la despreocupación hacía lo propio. Sin embargo, la posibilidad de cambiar la mirada homogénea de un territorio permite tejer nuevamente lo que se es y de reconstruir proyectos como comunidades de pensamiento que mejoren los estilos de vida de las voces que han callado por tanto tiempo.

Esto solo podrá darse si los diálogos tienen una finalidad en los procesos sociales, culturales y económicos. Es dar un paso más allá del encuentro y de la construcción desde lo contextual, pues de nada sirve abrir espacios, si sobre ellos no hay una intención a intervenir en el desarrollo de las personas por lo que, no se puede continuar caminando sobre una teoría, cuando las realidades necesitan de intervenciones que mejoren los espacios de interculturalidad.

El reconocimiento mutuo de los participantes en el diálogo intercultural se basa en la existencia real de diferencias y en la simetría de poder en las relaciones entre las culturas, así como en el aprendizaje y ejercicio de una tolerancia reflexiva que favorezca la auténtica convivencia intercultural (Fornet-Betancourt, 2004, p. 15)

Es el llamado a pensar que de nada sirve el diálogo sino se incorpora en la participación de aspectos como la convivencia entre comunidades para hacerla extensiva a temas de política y de economía (Fornet-Betancourt, 2004). La importancia radica en dar uso del diálogo y el reconocimiento intercultural como herramienta fundamental en el desarrollo de objetivos y metas que permitan una equidad en las sociedades, basados en proyectos socioeconómicos.

Sin embargo, este tipo de aspiraciones se ven truncadas en su desarrollo por la globalización. Por eso, es importante impartir prácticas que generen un reconocimiento intercultural en la cual se establezcan metas comunes, como también responsabilidades que impulsen el reconocimiento de sociedades igualitarias. De este modo, los cambios se verán reflejados en los diferentes estadios sociales.

La contextualización y la historicidad son el versus a la globalización, al ideal de mirar todo bajo los mismos lentes, bajo la mirada occidental que cree que se autodenomina como la

mejor forma de construir sociedades que sean civilizadas y acorde a las demandas de los procesos mundiales. La posibilidad que estos aspectos brindan, para reconstruir los espacios que las acciones globalizantes han intentado socavar con las interpretaciones homogeneizadoras, son espacios que deben defenderse y ampliarse.

Para ello es importante desafiar los procesos de la globalización, el desafío está en retroceder tanto en una cultura que se pueda encontrar su esencia en sus costumbres, con el fin de encontrar su ser en el mundo, pues cada cultura tiene una labor de engrane para la reconstrucción de las sociedades diversa.

Se considera un acto desafiante frente a la globalización, en la medida en que se da la importancia a cada cultura, a sus costumbres, su modo de ser porque es la intención de exaltar así la identidad que por medio de la postura universalista quiere que se invisibilice cada una de las particularidades.

Es la contraposición a lo meramente escrito por otros, el producto de un desconocimiento que generó un falso conocimiento sobre Latinoamérica, es el desafío a demostrar que lo importante no es ser iguales para medidas económicas o políticas, sino que se es iguales en la medida en que la diversidad y su reconocimiento genera igualdad en las decisiones de un territorio que no puede continuar siendo dirigido por agentes externos que sólo clasifican bajo sus finanzas, un desarrollo político y cultural.

En consecuencia, al rescate por las culturas tradicionales, Fornet-Betancourt invita a no olvidar lo valioso de la oralidad de los pueblos, de los saberes tradicionales que pueden alimentar los proyectos de desarrollo que se erigen en un territorio. Vale la pena aclarar que no es que a partir de estos saberes se solucionen todos los problemas sociales, económicos y culturales pues deben entrar en diálogo con la contraparte y las demás comunidades, ya que, si no se está pendiente de esto, se recaería en una universalización a través de la exaltación de la otra parte.

No se busca la igualdad si va atado a dejar de lado la identidad, pues es sólo una falsa igualdad, como la que se propone dentro del capitalismo. Es por lo anterior, que la lucha va hacia

la reivindicación identitaria, hacia la potencialización de las particularidades, recordando que igualdad no significa lo mismo que universalidad.

La idea facilista de todos somos iguales se presenta hacia el camino del desconocimiento de quién es cada uno, de su historia y sus tradiciones. Actualmente, se vende la idea de ciudadanía sin entender que este título trae consigo un vacío intelectual y emocional, donde las personas deben dejar de lado lo que son, para acomodarse a unas políticas ajenas, pues nunca fueron estudiadas bajo sus condiciones. A este panorama se le suma la nula participación que los grupos minoritarios tienen en las decisiones de una sociedad dominante y la falta de un diálogo que permita un reconocimiento de las particularidades de cada pueblo.

Lo anteriormente planteado no es algo fácil de aclarar, ya que sí es necesario tener normas y límites. Se requiere de una estructura que permita el desarrollo convivencial entre culturas, que, aunque puede llevar a malentendidos en la medida en que cada cual justificará desde su tradición, es un ejercicio que evitará la imposición de actores dominadores.

Con relación al panorama que se establece entre la identidad, la igualdad y la participación, la interculturalidad es la mejor opción dado que brinda posibilidades en la construcción de comunidades multiversas.

Sobre el trasfondo de esta idea se muestra de nuevo los límites o, si se quiere la incoherencia del planteamiento neoliberal del multiculturalismo, que no acepta en realidad la configuración plural del mundo. Es necesario convivir y, para ello hay que inventar, entre otras cosas, un espacio jurídico interculturalmente transformado (Fornet-Betancourt, 2004, p. 70).

Existen posturas que derivan a pensar en un punto medio, en la posibilidad misma de permitir a cada uno de los grupos que sean expresión viva de sus tradiciones. Sin embargo, esto no deja de tener sus inconvenientes ¿Cómo conformar un espacio de diálogo y conocimiento dando el mismo reconocimiento a cada una de las partes? Ante este panorama sería mejor optar por un Estado que acepte cada una de las posturas, cada una de las expresiones de los grupos que allí se

concentran, sin embargo, esta libertad recae en un problema aun mayor y es en la falsedad de creer que al decirle a todo sí, se están reconociendo los derechos de cada uno de los participantes.

Esta reflexión surge alrededor del fenómeno de la globalización y del mundo globalizado, se estandariza los prototipos de vida tanto económicos como culturales y sociales. Esta afirmación trae consigo una apertura a la reflexión que debe hacerse sobre este acontecimiento, y es el no creer que la globalización está medida únicamente en términos económicos, ya que está nace como posibilidad a mundializar las sociedades desconociendo el contexto histórico.

De este modo, es como si se intentará colocar a América Latina partiendo de un punto cero porque se le da sentido a su historia a partir de los fenómenos occidentales desconociendo lo que fue antes del encuentro con los españoles (Fornet-Betancourt, 2001, p. 17). Lo curioso para Latinoamérica es que se le da la bienvenida a la globalización como salida al atraso histórico-político-económico-cultural que según las visiones del exterior es lo que no ha dejado ser igual que Europa,

Sin embargo, la puesta en práctica de esta política neoliberal de la globalización en América Latina pone de manifiesto la contradicción insuperable que conlleva y profundiza, esta dinámica neoliberal, a saber, que mundializa los efectos de la globalización, pero no universaliza la participación equitativa (Fornet-Betancourt, 2001, p. 304).

La globalización es un juego al que se entra de manera voluntaria con el sueño de caminar en pro de ese progreso que por tanto tiempo han expuesto como la mejor opción del desarrollo social, pero en realidad, está dispuesto para que nadie cambie su condición al entrar al juego del Neoliberalismo. Es progreso es la ilusión con la que se disfraza las intenciones de una universalización de ideas.

Así, la filosofía latinoamericana debe mantener una autocrítica a partir de un diálogo sincero con su historia, desafiando la propuesta intercultural, pues si bien, si se continúa realizando una crítica desde una sola línea, se pierde el reto intercultural. Ser consientes desde donde se está pidiendo ayuda, permite saber qué tanto afán se tiene frente a la homogenización, pues si bien es

una tendencia que desafortunadamente se ha ido acogiendo en diferentes rincones y es que, como lo expresa autor, la interculturalidad no es una moda sino una demanda de justicia social (Fornet-Betancourt, 2004, p. 21).

La interculturalidad es aquella postura por medio de la cual el ser humano se capacita para enfrentarse a las diversas situaciones de su contexto, además, lo habitúa a vivir su identidad en relación con los otros, compartiéndolas en convivencia con los otros; interculturalidad es experiencia y vivencia de lo que es nombrado, es una traducción del otro hacia mi contexto y vivencias. En términos políticos, la interculturalidad es la posibilidad de traducir los comportamientos a las normativas convivenciales, intentando reconocer la importancia de cada actuación en el reconocimiento de los valores de los otros.

La filosofía latinoamericana debe ir de la mano con la interculturalidad si lo que se busca es dar una respuesta válida a los cuestionamientos nacidos de la diversidad versus la homogeneidad, la lucha debe darse mancomunada con estas dos posiciones. Si falta alguna de las dos partes, los proyectos seguirán recayendo en leyes inmediatas.

Este último se alimenta de la necesidad de aceptación de las culturas dominantes recayendo en que la autocrítica no se da en la creación de reconocimientos; por el contrario, se caracteriza por el rechazo de la identidad. Se da la posibilidad de la homogenización, la colonización del saber, la pérdida de la oralidad y el uso de idiomas ajenos; y desde allí se van permeando cada uno de los ámbitos hasta desaparecer. No es sólo el lenguaje o la cultura, son los modos de vida, las economías y la construcción de instituciones que comienzan a regular problemáticas que sobrevienen con estas modas.

Se pide necesariamente una nueva apertura a las raíces para intentar librarse de las cadenas dominantes, donde Latinoamérica quedo reducida a una cultura mestiza, desapareciendo cada comunidad indígena (Fornet-Betancourt, 2004), así, el mestizaje se convierte en la mera asimilación de algunos rasgos, pero guiado por el nombramiento occidental.

De este modo, la homogenización es más fácil de demandar porque se crean ciertas debilidades identitarias y en esos baches es que se muestra un nuevo modelo político y económico que permite que el dominador se haga más fuerte. El quererse despojar de la universalidad ya no es fácil puesto que, al no tener un peso identitario se comienza a dar la pelea por particularidades que también es peligroso porque esa falta de autorreconocimiento no permite una lucha contundente. Se pelea por peculiaridades que no son propiamente síntomas de autenticidad, como lo menciona Villoro.

Así, la globalización es una trampa, su ideología está centralizada en tres puntos (Estados Unidos, Europa, Japón) de los cuales los demás países van a depender y no sólo en la parte económica, sino su influencia va a extenderse a los modos de vida, donde se marca la diferencia, se afirma el colonialismo y la idea de una civilización (Fornet-Betancourt, 2001) que repercute en un proceso de desarrollo desigual, justificándolo en un aparente pluralismo en vista que se acepta lo diverso, sin embargo, la diversidad queda reducida a un mercantilismo, a convertir a los grupos minoritarios en parte exótica.

De acuerdo con lo expuesto, la propuesta basada en la filosofía intercultural permite generar claridad frente a las problemáticas forjadas por las migraciones y las minorías, pues, aunque inicialmente se trata sobre las culturas puede ampliarse a diferentes grupos sociales.

Pensarse así mismo en la posibilidad de romper fronteras a partir del desarrollo de un diálogo que permita realmente construir en el reconocimiento, es tarea que parte del entendimiento propio de aquello que se quiere brindar, ante los acontecimientos que rodean a las nuevas sociedades. Y es aquí el punto clave entre diferenciar las propuestas multiculturalistas y la propuesta basada en la filosofía intercultural, pues es en esta última donde se incorpora más que la legislación para dar armonía a los pueblos que conviven,

Ven en la interculturalidad una opción o apuesta que va más allá incluso que el multiculturalismo porque, superando el horizonte de la tolerancia de las diferencias culturales, propone el desarrollo de una práctica de la convivencia y del enriquecimiento

mutuo como eje para generar, tanto a nivel teórico como práctico, procesos de transformación cultural en las culturas en diálogo. (Fornet- Betancourt, 2002, p. 5).

Es desde la propia filosofía que se pueden superar los males del multiculturalismo que han envuelto en mentiras al reconocimiento, generando falsas expectativas de igualdad. Si bien los planteamientos multiculturalistas, y en especial, lo que atañe al proceso político en sí, no serían malas propuestas si fueran realizadas con intenciones claras; por el contrario, sus políticas solventan los vicios de la globalización dando más poder al dominador y como siempre dejando de lado las necesidades del dominado. Sus políticas recaen en ideas de progreso que apuntan a la solidificación de mandatos universales, con tendencia constante a desaparecer la diferencia, arruinando a su paso tradiciones, costumbres y esquemas de vida que quizás valdría la pena conocer como medio para permitir una construcción sí universal pero basada en la diferencia.

Es así, como Fornet-Betancourt (1994), contrapropuesta aparece la total viabilidad de la filosofía intercultural, pues la filosofía es plural; y su pluralidad no se debe sólo a la traducción en diferentes idiomas o la exaltación de pensamientos en diferentes lenguas, sino también a que es un quehacer contextual. En el estudio de una filosofía no universalizada sino en términos contextualizados, sólo de esta manera será útil para aportes sociales y políticos.

La interculturalidad es el mero contacto con el otro, no es necesario verlo en grandes términos teóricos para entender lo que hace con la cotidianidad de cada uno. Esta palabra parte de cultura, la cual no es más que la construcción desde el otro, ya que ese otro no está afuera sino dentro de cada cultura y es a partir de ello que puede reconocerse.

El espacio que brinda la filosofía intercultural amplía el horizonte de las realidades que se viven. El multiculturalismo, por el contrario, intenta apaciguar las falencias con reacciones inmediatas; con la inmediatez de intentar apagar las necesidades de inmigrantes y minorías que piden ayuda ante el panorama que los trae a una Nación que ya no es suya, como al desarraigo y olvido, porque a pesar de las políticas que se manejan continúa habiendo altos porcentajes de abandono, hambre y miseria en inmigrantes. Queda clara la necesidad de motivar intervenciones más certeras, que no se pierdan en simples economías, porcentajes o legalizaciones de ámbitos que

no son la raíz a enfrentan, de aquí que la filosofía este mejor direccionada al trabajo con las culturas.

La relación intercultural que la filosofía intercultural mantiene con las culturas es una relación por la cual la filosofía aprende a relacionarse de otra manera consigo misma porque, al abrirse al diálogo intercultural y reconocerlo como un lugar filosófico, el diálogo entre las culturas se convierte en el espacio donde se le hacen manifiestas a la filosofía las “preferencias” culturales que contienen las referencias que actualmente tienen todavía mayor peso en su desarrollo teórico, metodológico o ético (Fornet-Betancourt, 2008, p. 33).

Ahora bien, en el interior de las culturas se evidencian códigos que hacen que la persona sea. El término historia de vida, muestra que cada cultura es en sí misma, un mundo y visión de mundo con diferentes individuos que la soportan. De igual manera la libertad constituye a la biografía de cada uno. Este último término permite que el individuo interprete los códigos y tome decisiones frente a los mismos y que como cultura opte por desarraigarse de las políticas mundiales.

En línea a este panorama, se desarrolla la propuesta del diálogo intercultural como respuesta a las prescripciones de políticas que giran en torno a una cultura mundial que se sobreviene a cobijar a las visiones de mundo, con el fin de dar a conocer y reconocer a los otros en sentido profundo, no como un mero informar-se, por lo cual la ética es fundamental para acoger al otro, en donde el respeto y la tolerancia son piedras angulares,

(...) un proyecto ético guiado por el valor de la acogida al otro en tanto que realidad con la que se quiere compartir la soberanía y con la cual, por consiguiente, se puede compartir un futuro que no está determinado únicamente por mi manera de comprender y de querer la vida (Fornet-Betancourt, 2011, p. 207).

La parte ética se convierte en el medio por el cual el proyecto de diálogo intercultural funcionaría para no buscar universales de modo tal que evalúen o juzguen, sino como

universalizables que nacen en línea del diálogo mismo, nombrando cuatro supuestos que deben tenerse presente para la propuesta.

El primero de ellos es la concepción del ser humano como universal singular, el segundo es el principio de reflexión subjetiva que da la iniciativa a hablar no como individuo particular sino como parte de una comunidad. El tercer supuesto, el cultivo de la libertad que es el llamado a salir de su confort cultural (si se puede llamar así) en donde se reflexione y se tome iniciativas de revelación, y por último, el supuesto de la racionalidad el cual ata la cuestión de la razón pero no con los fundamentos de Occidente, sino con la mirada de cada cultura puesta en la escena de la historicidad, “la propuesta de la reubicación de la razón (filosófica) es, por tanto, una propuesta de ensanchar las fuentes de razonamiento, así como sus expresiones; y abriga, por consiguiente, la esperanza de una transformación radical de la razón (filosófica)” (Fornet-Betancourt, 2003, p. 418).

La interculturalidad permite la construcción de un reconocimiento por el otro sin la necesidad de entrar en el juego de una falsa aceptación por las otras culturas, manteniendo entre velos intenciones de dominación de una cultura sobre otra. Es una salida al multiculturalismo, pues demuestra que puede existir una vía verdadera hacia la construcción de un reconocimiento por las culturas, dando la posibilidad a que sean escuchadas aquellas posiciones y visiones de mundo que han sido acalladas por los más fuertes.

Así, los planteamientos aquí desarrollados demuestran la pertinencia de la interculturalidad ante las culturas que esperan que sus modos de convivencia sean aceptadas y reconocidas con la misma seriedad que las culturas dominantes. Incluso, la interculturalidad no es sólo el paso a un diálogo dominador-dominante trasciende a la normatividad porque es la posibilidad a que culturas dominantes también se sienten en la mesa y construyan a través de la diversidad.

La problemática por el reconocimiento y las decisiones tomadas para subsanar la violencia epistémica que se ha dado a través de la historia y gracias a que ha sido visibilizada a través de las exposiciones de dichas dinámicas. Sin embargo, han sido salidas facilistas de promesas y objetivos

que en realidad apuntan a que las convicciones de un grupo pequeño de personas den perfiles influyentes en el desarrollo de las sociedades en el ámbito político y económico.

Un ejemplo es el multiculturalismo, que no ahonda en la idea de reconocimiento, sin embargo, utiliza el término, desdibujando la esencia de los objetivos que se trazan con la aplicación del concepto en el sector social. Así, su finalidad es la de continuar con las políticas neoliberales que buscan homogenizar predisponiendo a las culturas a que se incluyan dentro de las costumbres dominantes dentro de una sociedad.

La filosofía y la interculturalidad son cuestiones que atañen a Latinoamérica, enmarcadas en un gran desafío porque debe enfrentarse al tema de la globalización. De allí que Fornet-Betancourt establece puntualmente ciertas actitudes que deben retomarse para que el proyecto intercultural sea vencedor frente a las líneas globalizantes de homogenización.

La primera de ellas tiene que ver con retomar la historia de las ideas para fortalecer los orígenes, tradición e identidad de los pueblos. El segundo considera en fomentar las filosofías contextuales, como, por ejemplo, la indígena y extenderlos al ámbito educativo para apostarle a una enseñanza intercultural. El tercero es dar fuerza a la oralidad y a las lenguas indígenas, como una de las formas de protesta a la hegemonía, demostrándole a Occidente que las raíces y la valoración de los orígenes están vivas y requieren de su exaltación como lucha ante las estrategias capitalistas. Y, por último, abrir el diálogo con aquellos que escriben sobre Latinoamérica para reconocerse en la imagen de los otros, no como medio de aceptación sino como una verdadera autocrítica.

Miradas desde otras filosofías como formas de liberación al Neoliberalismo

La propuesta expuesta por Fornet-Betancourt se enmarca en cambios drásticos a nivel mundial en que el empoderamiento de las minorías es la salida a un restablecimiento de valores en lo cultural, político y económico. El cambio debe realizarse en el ahora y no esperar que las propuestas consumistas y homogéneas de la globalización acaben con las pocas resistencias culturales.

En este orden de ideas, el planteamiento de la filosofía intercultural trasciende la academia y comienza a materializarse con las ideas de la filosofía y ética de la liberación y a su vez, permeando espacios educativos de formación para la diversidad.

La filosofía de la liberación toma protagonismo permitiendo que dentro de los encuentros culturales se establezcan espacios de diálogos y reflexión. Es decir, a partir de la contextualización histórica se construyen diálogos con los diálogos y de este modo, la exaltación desde los contextos particulares permite que se reconstruya realmente las posiciones del Neoliberalismo frente a los grupos culturales, así se sabe frente a qué se está enfrentando y como se puede consensuar.

La filosofía así contextualizada vierte en dos tipos de diálogo, uno con lo histórico contextual y otro con las interpretaciones, manifestando la importancia de brindar voz al contexto, que si bien, demuestra la importancia de los excluidos que dentro de los procesos neoliberales son los que le dan sentido a la historia latinoamericana. Darle la debida importancia a la realidad del mundo es síntoma de rebeldía en una sociedad en que la principal pelea se da en la homogeneidad.

Los proyectos alternativos como la filosofía de la liberación o la ética de la liberación son el camino hacia la realización de proyectos incluyentes de los oprimidos y excluidos de la estructura social actual. Sin embargo, ante estas propuestas aún se encuentra el discurso neoliberal haciendo contrapeso con la idea universalista de una única razón, reduciendo a nada las demás alternativas de pensamiento.

La globalización es totalizante. Así, la denuncia directa que hace Fonet-Betancourt es que el Neoliberalismo lanza un paradigma de sociedad ideal en la que su único fin es homogenizar disfrazándolo bajo una idea de igualdad. Dicho termino de igualdad no es más que la forma de encubrir la reducción de las culturas excluidas pues lo igual es desde el modelo capitalista no desde la base de las culturas.

Cada aspecto que se dialoga dentro del Neoliberalismo es totalizante “se mundializa los efectos de la globalización, pero no se universaliza la participación en sus dinámicas” (Fonet-

Betancourt, p. 304). Esto significa que, dentro de las dinámicas, se globaliza a los afectados sin caer en particularidades y de una vez se excluye en la participación, pero se recuerda del voto de los excluidos, pero no se les representa en la lucha de sus derechos.

Ante tal panorama, el Neoliberalismo aprovecha para expandirse a una política cultural, a una única política que repercute en políticas económicas universalizando los patrones de consumo que vienen de primer mundo y son vendidas gracias a los medios de comunicación, que no sólo venden una única forma de vida, sino que juegan brindando un sentido de la vida.

Se convence a todos de poder llegar a tener el mismo estilo de vida (la falsa igualdad), acrecentando un sistema mentiroso, pues no es la intención de integrar a las minorías a un grupo de élite como lo conforman en los estados neoliberales. Su objetivo es la eliminación de las identidades, recordando que de este modo es que han colonizado y despojando de lo propio, impartiendo modelos y seduciendo ante la falsa civilización.

La globalización es una fase presente en la expansión del capitalismo, como base al colonialismo y al imperialismo. Así, las actividades globalizantes son las nuevas formas de colonización, porque, aunque se puede predicar un supuesto pluralismo y aceptación por lo diverso, el capitalismo reduce el mundo a mercancía. Al globalizarse el modo de producción, se exalta lo económico derivando en lo político, social y cultural. La globalización es una trampa que centraliza el poder económico y genera dependencia en las potencias, abriendo cada vez más la brecha a la desigualdad.

En contraposición a esa falsa igualdad, se posiciona la idea de universal como cabida a todos los pensamientos. La igualdad funciona como exaltación de la individualidad del hombre “todo tiene que ser igual en el mundo para que el individuo sea individual” (Fornet-Betancourt, p. 303). La universalidad no se expresa en el todos son iguales ni en igualitarismo, por el contrario, la invitación es el reconocimiento individual de forma universal.

La filosofía latinoamericana de la liberación entra a la disputa racionalizando lo que según Occidente es irracional. La propuesta es salvar la vida no aceptando el sistema que se quiere

imponer. De este modo, la resistencia demuestra la posibilidad de un proyecto a una nueva racionalidad que se basa en la solidaridad y compartir la vida, ya que el proyecto aprende a reconocer en las otras maneras de convivencia, “se trata en resumen de un proyecto ético que presenta la solidaridad como la alternativa racional al sistema vigente de la irracionalidad de lo racionalizado” (Fornet-Betancourt, 2001, p. 308).

Es por lo anterior que la invitación se da a que se fundamenten los cambios en el pensamiento y la organización de las comunidades, es necesario hacer una transformación ética que se sustente en la memoria histórica y la tradición humanista y liberadora.

Solo de esta manera se posibilitaría una nueva conformación de sujeto que no sea el modelo globalizador, sino que tenga subjetividades; este principio de subjetividad quiere desplazar al sujeto como centro de dominio, lo que se quiere es un hombre que luche por la justicia y que no responda a las necesidades de un mercantilismo.

Conclusiones

Diálogo entre multiculturalismo y filosofía intercultural

La modernidad inventó y se sirvió de una lógica binaria partir de la cual denominó de distintos modos al componente negativo de la relación cultural: Marginal, indigente, loco deficiente, drogadicto, homosexual, extranjero, etcétera. Esas oposiciones binarias sugieren siempre el privilegio del primer término y el otro, el secundario en esa dependencia jerárquica no existe fuera del primero sino dentro de él, como imagen velada, como su inversión negativa.

(Duschatzky, S & Skliar, C.)

A modo de conclusión, se analizarán los aspectos correspondientes al multiculturalismo en el desarrollo de las políticas capitalistas y a su vez la filosofía intercultural e interculturalidad como propuesta innovadora a la organización de sociedades capaces de reconocer en otros grupos la posibilidad de construir espacios de políticas basadas en el respeto. Como espacio relevante de aplicación de este debate, para finalizar nos detendremos en sus implicaciones educativas.

En este punto, es importante retornar al punto de la cultura, pues si bien, es desde allí que se desentrañan los conflictos y las soluciones, todo bajo el manto de la filosofía intercultural y la interculturalidad. “La interculturalidad no es, pues, únicamente su objeto de investigación; es mucho más: es su método para comprender el mundo y su método para comprender de muchas maneras la manera filosófica de pensar y de hacer en el mundo” (Fornet-Betancourt, 2008, p. 33).

Ahora bien, la filosofía intercultural se desempeña en el aspecto político en la medida en que vitaliza los movimientos culturales no como minorías y mayorías (como sí lo hace el multiculturalismo) sino como una universalización en donde los derechos son dialogados al igual que las racionalidades y la historia, abriendo la posibilidad de hablar en términos políticos de

igualdad y reconocimiento en doble vía, separando así, la propuesta occidental que se basa en una sola racionalidad.

Hablar de diferentes direcciones racionales constituyen el foco principal de la filosofía intercultural ya que destaca la diferencia y la coloca en funcionamiento de las sociedades multiversas. Lo anterior catapultó las dimensiones del ser humano en un entretejido que permite la creación de momentos de reconocimiento, que conjuntamente ayudan al mejoramiento social y político de dicha sociedad.

pensar la justicia no como derecho universal, sino como ejercicio de la no-exclusión; reformular la democracia representativa para dar lugar a una democracia participativa, comunitaria o consensual, y finalmente, criticar la pretensión universalista de la cultura occidental, así como las posiciones que plantean un relativismo cultural absoluto, postulando condiciones que permitan un diálogo intercultural (Lucero- Montaña, 2008, p. 38).

El proceso intercultural permite la libre asociación de culturas que estén interesadas en conocerse. Esto quiere decir que, al abrir espacios que permitan el reconocimiento por el otro, se hará más fácil la organización de reglas de convivencia. Pues si bien, ya no serán normatividades sin conocimiento, por el contrario, ayudará a que la norma se entienda desde la posición del otro, desde la mirada y la circunstancia del otro.

Y si se mira con mayor detenimiento, intentar que un grupo esté de acuerdo con una norma sin saber las implicaciones que tiene o por qué funciona así, sin entender que es una normatividad integradora, conlleva directamente a conflictos, intolerancias y desigualdades que recaen procesos de violencia como los mismos que han sufrido los dominados en manos de los dominadores al querer imponer una única racionalidad.

De allí, la importancia de informar y dejar las reglas claras desde el principio de los procesos integradores. Sin embargo, es preferible una norma que intente tener un punto en común

entre sus habitantes y contextos y no una norma universal impuesta, pues esto sí es violento para quien lo debe asimilar.

Aunque suele presentarse estas situaciones por empoderar al dominado, prefiriendo la violencia impuesta y más si se guía por la falsa idea que con esos comportamientos se sale de la barbarie vendiendo la imagen de un prototipo moderno. Es decir, se debe despertar de esa falsa idea de universalidad impuesta por un tercero. Las normas de convivencia deben salir de donde se encuentra el conflicto, pero para poder sentarse a hablar es necesario, caminar por un trabajo de reflexión frente a qué es el reconocimiento.

Por aquello, el multiculturalismo se muestra como el remedio a los males que han surgido, consecuencia de un mundo globalizado, partiendo del hecho de subsanar las brechas tras una medida legal la cual reglamente las normas básicas de convivencia. Aunque esto no es tan simple, debido a que dictar normas legales, obligatoriamente niega las particularidades de diferentes culturas.

El problema toma trascendencia al negarse las particularidades propias de cada cultura, porque se va negando la diferencia y con ello la posibilidad de expresión como medio de construcción. Ampliando así, el manto homogéneo que generaliza los modos de vida, clasificándolos como buenos y malos, reduciendo la diversidad a números estadísticos que se deben combatir porque entre más consistencia exista, el trabajo habrá quedado mejor logrado.

Esto se acrecienta cuando es una cultura dominante la que genera las normatividades legales, pues no está buscando un punto medio, sino que intentan resaltar aquello que la hace dominadora y apacigua eventualmente las culturas pequeñas que pueden convertirse en amenaza. Así se encuentran espacios en los que simplemente no se contempla al otro, sino que se le pide, se despoje de todo aquello que lo hace único y se amolde a lo que la cultura nueva le brinda como educación, nuevas formas de comportamiento, e inclusive una nueva religión.

Ahora bien, ¿qué sucede cuando las culturas no están de acuerdo con mimetizarse en lo dominante? Tienen dos opciones, emigran a nuevos territorios en los que posiblemente les suceda lo mismo o entra en el juego de cacería de la dominante, exaltando más su posición frente a los

demás grupos sociales, porque lo que sí es cierto, es que en una sociedad movida por las políticas del multiculturalismo es el temor y la discriminación el motor de la cultura más fuerte. Esto demuestra que el multiculturalismo no es la salida a los problemas culturales dados por la globalización. Así, la posibilidad se da hacia la interculturalidad para el mejoramiento del reconocimiento entre culturas en un mundo globalizado.

Por el contrario, ante el mismo interrogante, se parte del principio básico en el que no tendría por qué haber una cultura que se imponga como superior a otra debido a que, la interculturalidad da la posibilidad a generar espacios de reconocimiento que permitan una comprensión por el otro, que permita tejer un espacio de confianza en el que, a partir de la diferencia se trenzan nuevas relaciones, como relaciones de solidaridad y equidad amparado en un ambiente de justicia.

La interculturalidad abre nuevos caminos, y es preciso aclararlo porque muchos creen que la interculturalidad es quedarse en el pasado y en las antiguas formas de sociedad. Por el contrario, la interculturalidad como modelo político permite el descubrimiento de lo nuevo a partir de la tradición y de la posición de los que no han sido escuchados., Es decir, se renueva en las tradiciones que no han hablado y ayudan a la construcción de una sociedad que trasciende en las palabras de quien la conforma.

¿Cuántos de los que hoy se presentan como culturas primarias, no son más novedosas que la falsa sociedad de progreso en la que vivimos ahora? De allí que las formas de gobierno deberían tomar ejemplo de algunas sociedades estables a través de los años y que no han necesitados de las modas para estar basadas en la justicia social.

Sin embargo, no se puede ser tan ambicioso e inocente, pensando que la propuesta intercultural es la solución a todas las problemáticas, ya que sería una mirada casta al problema, pues hay que tener claro que los inconvenientes de reconocimiento no sólo están bajo la mirada del dominador frente al dominado porque los dominados también manejan cierta dominación entre ellas.

Es decir que la propuesta que se plantea desde la interculturalidad no está sectorizada porque permite que todas las culturas sean igual de importantes dentro del crecimiento social ya que se elimina la idea de absolutización y de progreso interpuesto en una sola dirección y hacia un exclusivo fin. Es importante tener presente este cambio liberador pues para las culturas dominantes es desgastante seguirles el juego a las políticas capitalistas.

Es por esto, que debe trabajarse desde la raíz y así entretejer la base desde un reconocimiento propio de ser en el mundo. Solo así, desde el autorrespeto y el respeto de dominados y dominadores se puede llegar a una construcción dinámica que brinde progreso en todas las direcciones, permitiendo el libre desarrollo social de grupos minoritarios, pueblos originarios y sociedades modernas porque lo importante es no olvidar que deben integrarse porque la lucha del poder desaparece en el momento en que todos entienden que deben construir y no destruirse.

En línea a esta reflexión, el proyecto intercultural es fundamental, pues es la posibilidad de despojarse de las tradiciones occidentales, de sacudir todo el sistema que se maneja y reinventar las construcciones sociales. Por el contrario, a pesar de mostrarse como proyecto innovador, las intenciones del multiculturalismo van a mantener a toda costa un sistema con los parámetros de origen, intentando solucionar el tema de la diversidad sin tener que moverse mucho de su estructura.

De este modo, el proyecto de la filosofía intercultural brinda un carácter crítico entre las relaciones de cultura, tradición y reconocimiento, develando la necesidad de la construcción sólida y solidaria de las diferentes comunidades, con el fin de afianzar en la diversidad, la construcción de redes de conocimiento en espacios políticos y sociales que se replique en la educación y la economía.

Apoyándose en la propuesta de una filosofía intercultural se puede establecer políticas interculturales, las cuales serán basadas en un reconocimiento del otro, en su diversidad, pues no se hablan de movimientos globalizantes que impidan el desarrollo de las identidades, pues se hace

la invitación a que cada uno desde la particularidad moldee su racionalidad y la comparta como fenómeno social y como herramienta de construcción.

El paso que brinda el proyecto intercultural es el de librarse de las cadenas occidentales que no permiten la exaltación de lo único por miedo a ser juzgados como inferiores, acciones que en el multiculturalismo son evidentes, pues la muestra de lo propio se sofoca bajo la idea de la civilización y barbarie.

Bajo la exposición de las dos propuestas se puede dar por cumplido la intención de este texto que es la de demostrar por qué el reconocimiento y la diversidad en países multiétnicos, con minorías y diferentes grupos sociales puede llegar a una sana convivencia, acogiendo a políticas de inclusión desde la perspectiva intercultural. No desde los ideales multiculturalistas, que replican de las intenciones homogenizantes de la globalización y el capitalismo, pues, la interculturalidad da paso sobre la seguridad de la construcción de espacios diversos y plurales, mientras el camino multiculturalista es el de la universalidad bajo los parámetros occidentales.

Ahora bien, no se puede desconocer que estos procesos de reivindicación y visibilización por el otro, son caminos largos y arduos que quedan por recorrer, sin embargo, los espacios están disponibles para que el llamado al reconocimiento y a la construcción de otro mundo se dé sólo se necesita de un cambio de actitud, de sinceramente colocarse en los zapatos del otro sin olvidar que esos no son mis zapatos y de disponerse a entender que aunque se quisiera, las cosas no siempre son como uno las cree correctas.

Para estos cambios se hace el llamado desde lo cotidiano y simple. Comienza con reconocer quién es el vecino, por intentar comprender por qué son sus comportamientos para de a poco, ir adentrándose en esferas más profundas como su modo de vivir, su postura política y sus sistemas de economía. La invitación de la filosofía intercultural es abrir puertas y ventanas al vecino, que entre en la casa, que explore y revise y de ese modo hacer lo mismo. Es la apertura al otro, es no tener nada con llave porque no hay nada de lo cual avergonzarse.

Así, la interculturalidad habla desde lo cotidiano, lo simple y básico, por ello debe hablarse en los lugares frecuentes, no puede esperarse únicamente un diálogo teórico, aunque válido para los campos políticos y filosóficos, no se desconoce que es en la cotidianidad donde se desarrollan los procesos relacionales con los ciudadanos, es en los mercados, sitios de trabajo en el que se evidencia si realmente las políticas que se adelantan funcionan para los grupos y comunidades que coexisten.

Los seres humanos son seres políticos y sociales, sus actitudes no son ajenas a estas participaciones innatas. Es por ello, que la formación de cada persona como agente activo en la sociedad desarrolla, está directamente relacionada con cada una de las instituciones que conforman al Estado en el que vive. Desde el documento de identificación, hasta su religión y actividades frecuentes, son el reflejo de dichos conformaciones grupales e individuales del lugar que habitan.

Luego, la escuela como institución del Estado y el reflejo de las políticas de la sociedad, atañe los diferentes mundos en un salón de clase. Por lo anterior, la educación es un punto convergente para los alcances de las políticas interculturales frente a las multiculturales en la formación de personas consientes de los múltiples modos de vivir que existen, sin quedar encasillados en universales o imágenes de modelos de vida homogéneos e inalcanzables. Es por lo anterior, que la escuela es la primera llamada a incursionar en el reto intercultural.

Desde la escuela ya ha habido atención frente a las necesidades de grupos de escolares que no se identifican con la historia universal que se dicta, pues dentro de esa universalidad occidental no existen ellos. Es desde estos llamados que la escuela puede ir encontrando punto de cambios, la historia universal que cuentan en las clases de sociales no son más que réplicas de los que vencieron negando al vencido y donde el vencido también ha ganado batallas contra el que domina, y que en esa historia sin contar se encuentran los rostros de quienes reciben educación.

Así una educación basada en la intercultural fortalece los lazos de la tradición, de las historias no contadas y del encuentro de modos de ver el mundo que siendo guiados desde la apertura y el traducir al otro formaran lazos que eliminen barreras de opresión de identidad, que

superaran las luchas epistemológicas por un saber evaluado por el extranjero encontrando el reconocimiento de manera natural y no impositiva.

Desafortunadamente se sigue construyendo planes de estudio basados en el multiculturalismo los cuales elucidan la falta de conocimiento que se tienen frente a la riqueza que la diversidad puede brindar para los procesos de formación de los estudiantes ya que el tema de lo diverso se plantea como lo malo y como lo exótico.

Como se viene evidenciando a lo largo del texto, la exclusión del Otro no sólo se ha dado con las matanzas y crímenes, también se puede comprobar por medio de los mecanismos como leyes políticas y morales que no son tan evidentes pero que son las más usuales dentro de la modernidad para regular la alteridad que siempre pone en evidencia una jerarquía en la cual se está juzgando y representando al Otro, “las formas de narrar la alteridad son, al fin y al cabo, formas de traducción y de representación que diluyen los conflictos y que delimitan los espacios por donde transitar con relativa calma” (Duschatzky & Skliar, 2001, p. 189)

El conflicto que aquí se genera es la manera en cómo se hace la traducción y la representación de ese Otro. La primera no está entendida como una traducción literal sino de forma metafórica, Se hace la traducción del Otro desde mi yo, es decir, juzgándolo desde mi formación y mi manera de pensar. La representación al igual que la traducción tiene inmerso un juego de poder de quien representa con quien está siendo representado que se expone a no ser nombrado, pues el que representa esta en libertad de negar al Otro.

Con respecto a la educación, el Otro como lo malo se ve evidenciado en el afán de volverlos a todos iguales, educándolos de la misma manera (aquí entra en juego la cuestión de la barbarie y la civilización) y enseñándoles lo mismo, pues el conocimiento se convierte en medida universal y arma para acabar con las suposiciones falsas y con las historias herradas sobre los procesos de colonización, por ejemplo. Aquí el binarismo es acerca de qué es lo bueno y malo para enseñar, porque de allí se sirve para clasificar lo legítimo de lo ilegítimo siendo esto último lo que había que cambiar. Así, se intentó homogeneizar de manera abrupta, “En la educación el Otro como fuente de todo mal asumió distintas versiones, expresamente violentas o subrepticamente

excluyentes, pero todas implicaron un intento por descartar el componente negativo (Duschatzky & Skliar, 2001, p. 195).

En la segunda mirada, el otro se aborda como exótico, sin embargo, se generalizan los grupos por ciertas creencias que se imponen como características, por ejemplo, que todos los negros viven de igual forma su negritud. A esta manera de ver la diversidad se le da el nombre del mito de la consistencia interna que presupone que “cada cultura es armoniosa, equilibrada, autosatisfactoria (...) Esta idea descansa en el supuesto de que las diferencias son absolutas, textuales, plenas y que las identidades se construyen en únicos referentes ya sean étnicos, de género, de raza, de religión, clase social, etcétera” (Duschatzky & Skliar, 2001, p. 197).

En este sentido, la diversidad se convierte en un objeto epistemológico que se lee de manera plana, como si la diversidad cultural fuese una representación en que cada cultura está en su mundo sin tocarse con otras culturas. Desde este punto, Bhabha lo interpreta haciendo la distinción entre diversidad y diferencia, siendo esta segunda un falso consenso cultural que aguarda la diferencia cultural siendo a la final normas etnocéntricas (Duschatzky & Skliar, 2001).

El segundo punto afirma que todo es diferencia y que no puede haber ningún tipo de similitud o reducción entre culturas lo cual elimina los posibles lazos entre los sujetos y los grupos sociales. Como respuesta a estos dos extremos surge la idea del multiculturalismo que acepta la inconmensurabilidad sin negar los derechos plurales, pero tiene problemas cuando se piensan las diferencias como entidades cerradas pues, no permitiría el diálogo intercultural.

A la postura multiculturalista, se le critica desde el pensamiento político porque se hace a un lado el conflicto político para supuestamente dar paso a los derechos sociales; además, tiende a volverse discurso conservador cuando se piensa el sistema social como una totalidad y, por último, una de las críticas más fuertes es la que hace Žižek al afirmar que el multiculturalismo no es más que un racismo negado que ve a los otros como algo exótico.

Es así, que el multiculturalismo, hablando en términos educativos, utiliza en extremo la diversidad “para encubrir una ideología de asimilación. Así, los grupos que componen

ese<<bálsamo tranquilizante>> que es la cultura, son generalmente considerados como agregados” (Duschatzky & Skliar, 2001, p. 200), reduciendo nuevamente a la participación de unos pocos frente a las construcciones de saberes, relegando las demás concepciones de mundo.

Por otra parte, el multiculturalismo no está en la convivencia diaria de los estudiantes de diferentes culturas porque queda plasmado en el currículo como un objeto más de estudio y a partir de su estudio se hacen similitudes y diferencias abruptas,

Pero los otros no están en la escuela, sino en el curriculum. De este modo, el objetivo es enseñar acerca de la diversidad cultural y no la educación de la alteridad. Los otros están al alcance de la mano, pero lejos, enmarcados en fotos, pinturas, músicas, teatros, banderas, fiestas escolares, etcétera (Duschatzky & Skliar, 2001, p. 204).

De este modo, el papel que juega la educación en los procesos interculturales es de gran peso, porque gracias a que desde allí se formule un pensamiento multidiverso es que las políticas de reconocimiento comienzan a dar sus frutos, combatiendo las ideas multiculturales antes explicadas.

La motivación va desde la historia, no se puede seguir creyendo que sólo hay una manera de estudiar el origen y trasegar de los seres humanos por la tierra, son muchas las historias por contar, los pueblos que conocer y los modos de vida que entender y solo abriendo el abanico a la diversidad es que se fortalecerán los grupos minoritarias, motivándolas a que crean en ellas, para que desde su orgullo puedan contribuir al nacimiento del respeto y valor que cada modelo cultural tiene.

El punto medio se establecerá cuando se entienda que todos hacen parte de este mundo y no por imponer estilos de vida o modelos económicos todos van a estar bien. El punto medio se encontrará cuando cada cultura sepa lo grande e importante que es en la construcción de la solidaridad y que el trabajo comunitario realmente fortalece la tradición. Solo así, se podrá establecer un diálogo que entreteja una visión multicolor.

El llamado que se hace desde la parte educativa es que se demuestra que no es suficiente con enunciar que hay diferentes grupos o con intentar poner en diálogo la diversidad bajo la mirada de diferentes disciplinas, sino esto debe trascender al hecho. No es sólo un reconocimiento sino un trascender que permita el adentramiento mismo de la problemática y desde allí surja la necesidad de aceptar al otro como medio angular posibilitando una construcción real, donde se involucre a todas las personas en igualdad.

Referencias

- Ahuja, R (2004). *Reflexiones de Raúl Fornet-Betancourt sobre el concepto de interculturalidad*, México: Consorcio intercultural.
- Buey, F. (2008). *Para el debate sobre multiculturalismo*: Taurus.
- Cuevas, P. (2012). Interculturalidad, crítica y “buen vivir”. El “otro” lugar de desarrollo. En: *De- Construyendo la educación para el desarrollo, una mirada desde Latinoamérica*. Bogotá, UNIMINUTO.
- Duschatzky, S & Skliar, C. (2001) Los nombres de los otros. Narrando a los otros en la cultura y en la educación. En Larrosa, J. & Skliar, C. (Eds). *Habitantes de Babel. Políticas y poéticas de la diferencia*. Barcelona: Alertes.
- Fornet- Betancourt, R. (1996). *El proyecto de la filosofía intercultural desde América Latina, Brasil*: Editora São Laopoldo.
- Fornet-Betancourt, R. (1994). *Hacia una filosofía intercultural latinoamericana*: San José.
- Fornet-Betancourt, R. (2001). La globalización como universalización de políticas Neoliberalismo: Apuntes para una crítica filosófica En: *Transformación intercultural de la filosofía. Ejercicios teóricos y prácticos de filosofía intercultural desde Latinoamérica en el contexto de la globalización*. Desclée de Brouwer, Bilbao.
- Fornet-Betancourt, R. (2001). Para una crítica del Neoliberalismo a partir de la filosofía de la liberación En: *Transformación intercultural de la filosofía. Ejercicios teóricos y prácticos de filosofía intercultural desde Latinoamérica en el contexto de la globalización*. Desclée de Brouwer, Bilbao. P. 299-309.

Fornet- Betancourt, R. (2004). Críticas, diálogo y perspectivas En: *Crítica intercultural de la filosofía latinoamericana actual*. Madrid: Trotta.

Fornet-Betancourt, R. (1994). La Filosofía Intercultural. México: Verbo Divino.

Fornet-Betancourt, R. (2002). Lo intercultural: el problema de y con su definición. *Pasos* (103), 1-8

Fornet-Betancourt, R. (2001). Para una crítica del Neoliberalismo a partir de la filosofía de la liberación En: *Transformación intercultural de la filosofía. Ejercicios teóricos y prácticos de filosofía intercultural desde Latinoamérica en el contexto de la globalización*. Desclee de Brouwer, Bilbao. P. 191-217.

Fornet-Betancourt, R. (2003). Supuestos, alcances y límites de la filosofía intercultural. *Revista Brocar* (27), 267-274.

Fornet-Betancourt, R. (2000). Supuestos filosóficos del diálogo intercultural. Polilog. Foro para filosofía intercultural 1. online: <http://them.polylog.org/1/ffr-es.htm>.

Fornet-Betancourt, R. (2008). Teoría y praxis de la filosofía intercultural. *SIWÔ' Revista de teología*, vol. 6 (1), 9-42.

Giménez, C. (2003). Pluralismo, Multiculturalismo e Interculturalidad. Propuesta de clarificación y apuntes educativos. *Educación y futuro: revista de investigación aplicada y experiencias educativas* (8). 9-26.

Hernández-Reyna, M. (2007). Sobre los sentidos de “multiculturalismo” e “interculturalismo”. *Ra: Ximhai*, vol. 3 (2), 429-442.

Kymlicka, W. (1996). *Ciudadanía multicultural Una teoría liberal de los derechos de las minorías*. Barcelona: Editorial Paidós.

Lucero-Montaña, A. (2008). Desafíos venideros. *Astrolabio*. (7). 38-42.

Martí, J. (2010). Nuestra América. En: *Estado, cooperación e integración en América Latina: revista OSAL* [colección] CLACSO, Año XI, 133-139.

Olivé, L. (2004). *Multiculturalismo y justicia social autonomía e identidad cultural en la era de la globalización*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Olivé, L. (2011). Los retos de las sociedades multiculturales: interculturalismo y pluralismo. *Cuadernos Inter c-a-ambio*, año 8 (9). 207-227.

Panikkar, R. (1996) *Religión filosofía y cultura*. Polilog. Foro para filosofía intercultural 1. Online: <http://them.polilog.org/1/fpr-es.htm>. Fuente: Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones 1.

Santo, J. (2010). *De la filosofía latinoamericana a la africana. Pistas para un diálogo filosófico intercultural*. Estudios avanzados.

Taylor, Charles. (1993). La política del reconocimiento. Ch. Taylor, *El multiculturalismo y la "política del reconocimiento"*. México: Fondo de Cultura Económica.

Tovar, L. (2001). Educación intercultural y democracia: ¿más allá del multiculturalismo? *Nómadas*, (15). Universidad Central. 122-129.

Tovar, L. (2004). Multiculturalismo, resistencia y educación intercultural afrocolombiana. En: *Memoria I foro Nacional de etnoeducación*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional.

Velasco, A. (2009). Tres palabras mayores de Luis Villoro: Justicia, democracia y multiculturalismo. *RIFP*, (34). 231-234.

Villoro, L. (1997). *El poder y el valor. Fundamentos de una ética política*. México: Fondo de cultura económica.

Villoro, L. (1998). *Estado plural, pluralidad de culturas*. México: Paidós.

Wimmer, F. (2000). *Tesis, condiciones y tareas de una filosofía orientada interculturalmente*.

Trad. del alemán por Miguel Gamboa. Polilog. Foro para filosofía intercultural 1. Online:
<http://them.polilog.org/1/fwf-es.htm>. issn 1616-2943. ISSN 1616-2943.

Žižek, S. (1998). Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional. Jameson, Fredric y Žižek, Slavoj, Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo, Buenos Aires, Paidós.